AURELIA O EL SUEÑO Y LA VIDA GÉRARD DE NERVAL



AURELIA
O EL SUEÑO Y LA VIDA

Gérard de Nerval



Gérard de Nerval

Aurelia
o
el sueño y la vida



Gérard de Nerval

Nació en París, Francia, el 22 de mayo de 1808. Gérard Labrunié, nombre verdadero del escritor, fue un prodigioso poeta, novelista y traductor, considerado por muchos especialistas como precursor del surrealismo y entre los principales referente del simbolismo francés.

En 1828, tradujo del alemán al francés la obra *Fausto*, de Goethe, trabajo que fue bien aceptado y reconocido en la época. En 1835, fundó la revista *Monde dramatique*, pero decidió venderla, iniciarse en el periodismo y desarrollarse como escritor. Entre sus obras más reconocidas se encuentran *Viaje a Oriente* (1851), *Los iluminados o los precursores del socialismo* (1852), *Pequeños castillos de bohemia* (1853), *Las quimeras* (1854), *Las hijas del fuego* (1854) y *Aurelia o El sueño y la vida* (1855), novela publicada póstumamente.

El 26 de enero de 1855, luego de estar internado por una grave recaída en su salud, se suicida en una calle de París. Entre sus pertenencias se encontraron las últimas páginas de su novela *Aurelia o El sueño de la vida*.

Aurelia o El sueño y la vida
Gérard de Nerval

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: John Martínez Gonzáles
Selección de textos: María Grecia Rivera Carmona
Corrección de estilo: Claudia Daniela Bustamante Bustamante
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección “Lima Lee”, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa “Lima Lee” de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

AURELIA O EL SUEÑO Y LA VIDA

PRIMERA PARTE

I

El sueño es una segunda vida. No he podido penetrar sin estremecerme en esas puertas de marfil o de cuerno que nos separan del mundo invisible. Los primeros instantes de sueño son la imagen de la muerte; un entorpecimiento nebuloso se apodera de nuestro pensamiento y no podemos determinar el instante preciso en que el *yo*, bajo otra forma, continúa la obra de la existencia. Es un subterráneo vago que se ilumina poco a poco, donde se desprenden de la sombra y la noche las pálidas figuras gravemente inmóviles que habitan la mansión de los limbos. Luego, el cuadro se forma, una claridad nueva ilumina y pone en juego esas apariciones extravagantes; el mundo de los espíritus se abre para nosotros.

Swedenborg llamaba a estas visiones *Memorabilia*, las debía al ensueño con más frecuencia que al sueño; *El asno de oro*, de Apuleyo, *La Divina Comedia*, de Dante, son los modelos poéticos de esos estudios del alma humana. Voy a tratar de transcribir, a su ejemplo, las impresiones

de una larga enfermedad que sucedió totalmente en los misterios de mi espíritu; y no sé por qué me sirvo del término enfermedad, pues jamás, por lo que toca a mí mismo, me he sentido de mejor salud. A veces, creía mi fuerza y mi actividad redobladas; me parecía saberlo todo y comprenderlo todo; la imaginación me aportaba delicias infinitas. ¿Al recobrar lo que los hombres llaman la razón, habrá que lamentar haberlas perdido?... Esa *vida nueva* tuvo para mí dos fases. He aquí las notas que se refieren a la primera. Había perdido a una dama a quien amaba hacía largo tiempo y a quien llamaré Aurelia. Poco importan las circunstancias de ese acontecimiento que debía de tener una influencia tan grande sobre mi vida. Cada uno puede buscar en sus recuerdos la emoción más lacerante, el golpe más terrible asestado al alma por el destino; es preciso resolverse entonces a morir o a vivir: más tarde diré por qué no escogí la muerte. Condenado por quien yo amaba, culpable de una falta de la que no esperaba ya perdón, solo me restaba precipitarme en las embriagueces vulgares; fingí la alegría y la indiferencia, corrí el mundo, locamente apasionado de variedad y capricho; me atraían principalmente los trajes y las costumbres extravagantes de las poblaciones lejanas, me parecía que desalojaba así las condiciones del bien y

del mal; los términos, diré, de lo que es *sentimiento* para nosotros los franceses. «¡Qué locura», me decía, «amar así, con un amor platónico a una mujer que ya no nos ama! Es culpa de mis lecturas; he tomado en serio las invenciones de los poetas y me he hecho una Laura o una Beatriz de una persona ordinaria de nuestro siglo... Pasemos a otras intrigas, y esta se olvidará pronto». El aturdimiento de un alegre carnaval en una ciudad de Italia ahuyentó todas mis ideas melancólicas. Era tan feliz por el alivio sentido que hacía partícipes de mi dicha a todos mis amigos y, en mis cartas, les daba por estado constante de mi espíritu lo que no era sino una sobreexcitación febril.

Un día llegó a la ciudad una mujer de gran renombre que me hizo su amigo y que, habituada a agradar y a deslumbrar, me arrastró fácilmente al círculo de sus admiradores. Después de una velada en la que había estado a la vez muy natural y llena de un encanto del que todos percibíamos el alcance, me sentí tan cautivado que no quise retardar un instante el escribirle. ¡Era tan feliz al sentir mi corazón capaz de un nuevo amor...! Adopté en ese entusiasmo ficticio, las mismas fórmulas que, poco tiempo antes, me habían servido para pintar un

amor verdadero y largo tiempo experimentado. Una vez enviada la carta, habría querido retenerla, y me fui a soñar en la soledad con lo que me parecía una profanación de mis recuerdos.

La noche restituyó a mi nuevo amor todo el prestigio de la víspera. La dama se mostró sensible a lo que le había escrito, sin dejar de manifestarme cierto asombro por mi súbito fervor. Había yo escalado, en un día, varios peldaños de los sentimientos que podemos concebir por una mujer, con apariencia de sinceridad. Ella me confesó que mi carta la desconcertaba a la vez que la enorgullecía. Traté de convencerla, pero, cualquiera que fuese el motivo que quería expresarle, no pude, en lo sucesivo, recuperar el diapasón de mi estilo, de manera que me vi obligado a confesarle, con lágrimas, que me había traicionado yo mismo al engañarla. No obstante, mis confidencias emocionadas tuvieron algún encanto, y una amistad más fuerte en su dulzura sucedió a las vanas protestas de pasión.

II

Más tarde la encontré en otra ciudad donde también se hallaba la dama a quien amaba siempre sin esperanza. Un azar las hizo conocerse mutuamente, y la primera tuvo ocasión de conmover a mi costa a aquella que me había desterrado de su corazón. De manera que un día, encontrándome en un grupo social del cual ella formaba parte, la vi venir hacia mí y tenderme la mano. ¿Cómo interpretar ese acto y la mirada profunda y triste con que acompañó su saludo? Creí ver el perdón del pasado; el divino acento de la piedad daba a las simples palabras que me dirigió un valor inexpresable, como si algo de la religión se mezclara a las dulzuras de un amor hasta entonces profano, y le imprimiera el carácter de la eternidad. Un deber imperioso me forzaba a regresar a París, pero inmediatamente tomé la resolución de permanecer allí pocos días y volver en seguida cerca de mis dos amigas. La alegría y la impaciencia me dieron entonces una especie de aturdimiento que se complicaba con el cuidado de los negocios que debía terminar. Un día, hacia medianoche, caminaba por un barrio donde se encontraba mi habitación, cuando, al levantar la vista

por azar, advertí el número de una casa iluminada por un reverbero. Ese número era el de mi edad.

Inmediatamente, al bajar los ojos, vi ante mí una mujer de tez lívida, de ojos huecos, que pareció tener las facciones de Aurelia. Me dije:

—¡Es *su muerte* o la mía que se me anuncia!

Pero no sé por qué adopté la última suposición y me grabé la idea que debía ser al día siguiente a la misma hora.

Esa noche tuve un sueño que me confirmó en mi pensamiento. Erraba por un vasto edificio compuesto de muchas salas, de las cuales unas estaban consagradas al estudio, otras a la conversación y a las discusiones filosóficas. Me detuve con interés en una de las primeras, donde creí reconocer a mis antiguos maestros y a mis antiguos condiscípulos. Las clases continuaban sobre los autores griegos y latinos, con ese rumor monótono que parece una plegaria a la diosa Mnemosine. Pasé a otra sala, donde tenían lugar conferencias filosóficas. Tomé parte en ellas por algún tiempo, luego salí a fin de

buscar mi alcoba en una especie de hostería con escaleras inmensas, llena de viajeros atareados.

Me perdí varias veces en los largos corredores y, al atravesar una de las galerías centrales, fui sorprendido por un extraño espectáculo. Un ser de una estatura desmesurada —hombre o mujer, no sé— revoloteaba penosamente arriba del espacio y parecía debatirse entre nubes espesas. Falto de aliento y de fuerza, cayó en medio del patio oscuro, desgarrando y ajando sus alas a lo largo de los tejados y balaustradas. Pude contemplarlo un instante. Estaba coloreado por tintes rojizos, y sus alas brillaban con mil reflejos cambiantes. Vestido con un traje largo de pliegues antiguos, parecía el ángel de la Melancolía, de Albrecht Dürer. No pude contenerme y lancé gritos de terror que me despertaron sobresaltado.

Al día siguiente me apresuré a ver a todos mis amigos. Mentalmente les decía mis adioses y, sin relatarles nada de lo que ocupaba mi espíritu, disertaba acaloradamente sobre asuntos místicos, los asombraba con una elocuencia particular, me parecía saberlo todo, y que los misterios del mundo se me revelaban en esas horas supremas.

De noche, cuando la hora fatal parecía acercarse, diserté con dos amigos, a la mesa de un Círculo, sobre la pintura y la música, definiendo desde mi punto de vista la generación de los colores y el sentido de los números. Uno de ellos, llamado Pablo, quiso acompañarme a mi casa, pero le dije que no me acostaría.

—¿Adónde vas? —me dijo.

—*Hacia el Oriente*.

Y mientras me acompañaba, me puse a buscar en el cielo una estrella, que creía conocer, como si tuviera alguna influencia sobre mi destino. Habiéndola encontrado, continué mi caminata siguiendo las calles en la dirección de las cuales era visible, caminando, por decirlo así, al encuentro de mi destino, y queriendo percibir la estrella hasta el momento en que la muerte debiera tocarme. Entretanto, llegamos a la confluencia de tres calles. No quise ir más lejos. Me parecía que mi amigo desplegaba una fuerza sobrehumana para hacerme cambiar de lugar; crecía a mis ojos y tomaba los rasgos de un apóstol. Creía ver el lugar en que estábamos elevarse y perder las formas que le daba su configuración urbana sobre una colina rodeada de vastas soledades, esta escena

se convertía en el combate de dos espíritus y como en una tentación bíblica.

—¡No! —decía yo—, no pertenezco a tu cielo. Los que me esperan están en esa estrella. Son anteriores a la revelación que has anunciado. ¡Déjame reunirme con ellos, pues aquella a quien amo les pertenece y es allí donde debemos encontrarnos!

III

Aquí ha empezado para mí lo que llamaré la efusión del sueño en la vida real. A partir de este instante, todo tomaba a veces un aspecto doble —y esto, sin que al razonamiento faltara lógica jamás, sin que la memoria perdiera los más ligeros detalles de lo que me sucedía. Solamente mis acciones, insensatas en apariencia, estaban sometidas a lo que se llama ilusión, según la razón humana...

La idea de que un Espíritu del mundo exterior se encarnaba de pronto en la forma de una persona ordinaria, y obraba o intentaba obrar sobre nosotros en ciertos momentos graves de la vida, sin que esa persona tuviera conocimiento o guardara algún recuerdo, me obsesionaba con frecuencia.

Al ver que sus esfuerzos eran inútiles, mi amigo me había abandonado, creyéndome sin duda presa de una idea fija que la caminata calmaría. Sintiéndome solo, me levanté con esfuerzo y me puse en camino en dirección de la estrella en la que no cesaba de fijar

los ojos. Cantaba, al andar, un himno misterioso que creía recordar como habiéndolo oído en alguna otra existencia, y que me llenaba de una dicha inefable. Al mismo tiempo, abandonaba mis vestidos terrestres y los dispersaba alrededor. El camino parecía elevarse siempre y la estrella crecer. Luego permanecí con los brazos tendidos, esperando el momento en que el alma iba separarse del cuerpo, atraída magnéticamente por el rayo de la estrella. Entonces sentí un estremecimiento; la pena de dejar la tierra y a aquellos que amaba en ella me oprimió el corazón y supliqué, desde el fondo de mí mismo, tan ardientemente al Espíritu que me atraía a sí, que me pareció como si bajara de nuevo entre los hombres. Una patrulla nocturna me rodeaba; tenía entonces la idea de que me había vuelto muy grande, y que, estando saturado de fuerzas eléctricas, iba a derribar cuanto se me acercara. Había algo cómico en el cuidado que tenía yo por salvar las fuerzas y la vida de los soldados que me habían levantado.

Si no pensara que la misión de un escritor es analizar lo que siente en las circunstancias graves de su vida, y si no me propusiera un objeto que creo útil, me detendría aquí, y no trataría de describir lo que sentí después en

una serie de visiones insensatas quizá, o vulgarmente enfermizas... Tendido sobre un lecho de campaña, creí ver desvelarse el cielo y abrirse en mil aspectos de magnificencias inauditas. El destino del alma libertada parecía revelárseme como para darme el remordimiento de haber querido recuperar aplomo con todas las fuerzas de mi espíritu sobre la tierra que iba a dejar...

Círculos inmensos se trazaban en el infinito, como las órbitas que forma el agua turbada por la caída de un cuerpo; cada región, poblada de figuras radiantes, se coloreaba, se movía y se fundía sucesivamente, y una divinidad, siempre la misma, reflejaba sonriendo las máscaras furtivas de sus diversas encarnaciones, y se refugiaba al fin, intocable, en los místicos esplendores del cielo de Asia.

Por uno de esos fenómenos que todo el mundo ha podido sentir en ciertos sueños, esa visión celeste no me aislaba de lo que sucedía en torno mío. Acostado sobre el lecho de campaña, oía que los soldados hablaban de un desconocido, detenido como yo y cuya voz había resonado en la sala. Por un singular efecto de vibración, me parecía que esa voz resonaba en mi pecho, y que

mi alma se desdoblaba, por decirlo así, distintamente dividida entre la visión y la realidad. Por un instante, tuve la idea de volverme, haciendo un esfuerzo, hacia la persona de quien se hablaba, luego me estremecí recordando una tradición muy conocida en Alemania, que dice que cada hombre tiene un *doble*, y que cuando él lo ve, la muerte está cercana. Cerré los ojos y entré en un estado de espíritu confuso en el que las figuras fantásticas o reales que me rodeaban se rompían en mil apariencias fugitivas. Un instante vi cerca de mí a dos de mis amigos que me llamaban; los soldados me señalaron; luego se abrió la puerta y alguien de mi estatura, de quien no veía el rostro, salió con mis amigos a los que yo llamaba en vano.

—¡Se equivocan! —grité—, ¡es a mí a quien buscan y otro ha salido en mi lugar!

Hice tanto ruido que me encerraron en el calabozo. Permanecí allí muchas horas en una especie de embrutecimiento; al fin, los dos amigos que había *creído ver* antes, vinieron a buscarme con un coche. Les conté cuanto había pasado pero negaron haber venido durante la noche. Comí con ellos con bastante tranquilidad, pero

a medida que la noche se acercaba, me parecía que debía temer la misma hora que, la víspera, iba a serme fatal. Pedí a uno de ellos una sortija oriental que llevaba en el dedo y que me parecía un antiguo talismán y, tomando una mascada, la anudé a mi cuello, teniendo cuidado de aplicar la turquesa de su engaste, sobre un punto de la nuca donde sentía un dolor. Para mí, ese punto era por donde el alma se atrevería a salir en el momento en que cierto rayo emanado de la estrella que había visto la víspera, coincidiera, en relación a mí, con el zenit. Por azar o por efecto de mi gran preocupación, caí como fulminado a la misma hora de la víspera. Me pusieron sobre un lecho y durante largo tiempo perdí el sentido y la continuidad de las imágenes que se me ofrecían. Ese estado duró varios días. Fui transportado a una casa de salud. Muchos parientes y amigos me visitaron sin que los reconociera. La sola diferencia para mí entre la vigilia y el sueño era que, en la primera, todo se transfiguraba a mis ojos; cada persona que se acercaba a mí parecía cambiada; los objetos materiales tenían una especie de penumbra que modificaba su forma, y los juegos de luz y las combinaciones de colores se descomponían, de manera que me mantenían en una serie constante de impresiones que se ligaban entre sí, y con las cuales

el sueño, más desprendido de elementos exteriores, continuaba su probabilidad.

IV

Una noche creí con certeza ser transportado a los bordes del Rin. Ante mí habían rocas siniestras, cuya perspectiva se esbozaba en la sombra. Entré en una casa risueña, de la cual un rayo de sol crepuscular atravesaba alegremente las persianas festoneadas de vid. Me parecía que entraba en una habitación conocida, la de un tío materno, pintor flamenco, muerto hacía más de un siglo. Los cuadros bosquejados estaban suspendidos aquí y allá, uno de ellos representaba la famosa hada de esas riberas. Una vieja sirvienta, que llamé Margarita y que me parecía conocer desde la infancia, me dijo:

—¿No va usted a acostarse, puesto que viene de lejos, y que su tío regresará tarde?; se le despertará para cenar.

Me tendí sobre un lecho con columnas y tapiz persa de flores rojas. Había frente a mí un reloj rústico colgado del muro, y sobre el reloj un pájaro que se puso a hablar como una persona. Y tenía yo la idea de que el alma de mi pariente estaba en ese pájaro, pero no me asombré ni de su lenguaje y forma ni de verme como transportado

un siglo atrás. El pájaro me hablaba de las personas de mi familia, vivas o muertas en diversas épocas, como si existieran simultáneamente, y me dijo:

—Ya ve usted que su tío tenía cuidado de hacer su retrato por anticipado... Ahora, *ella* está con nosotros.

Dirigí mis ojos hacia una tela que representaba a una mujer con traje antiguo a la alemana, inclinada sobre el borde de un río y con los ojos atraídos por un ramo de miosotis. Entretanto, la noche se hacía más y más densa, y los aspectos, los sonidos y el sentido de los lugares se confundían en mi espíritu somnoliento; creí caer en un abismo que atravesaba el globo terrestre. Me sentía arrebatado sin sufrimiento por una corriente de metal fundido, y mil ríos semejantes, cuyos tintes indicaban las diferencias químicas, surcaban el seno de la tierra como los vasos y las venas que serpentean entre los lóbulos del cerebro. Todos corrían, circulaban y vibraban así, y tuve la sensación de que esas corrientes estaban compuestas de almas vivas, en estado molecular, y que únicamente la rapidez de este viaje me impedía distinguirlas. Una claridad blanquecina se filtraba poco a poco en esos conductos y vi al fin ampliarse, como una vasta cúpula,

un horizonte nuevo donde se trazaban islas rodeadas por corrientes luminosas. Me encontraba en una costa iluminado por ese día sin sol, y vi un viejo que cultivaba la tierra. Lo identifiqué como el mismo que me había hablado por la voz del pájaro, y ya sea que me hablara o que lo comprendiera en mi interior, se me hacía evidente que los ancestros tomaban, para visitarnos en tierra, la forma de ciertos animales, y que asistían así, observadores mudos, a las fases de nuestra existencia.

El viejo dejó su trabajo y me acompañó hasta una casa que se alzaba cerca de allí. El paisaje en torno nuestro me recordaba el de un lugar del Flandes francés donde mis padres habían vivido y donde se hallaban sus tumbas: el campo rodeado de bosquecillos al lindero de la selva, el lago cercano, el río y el lavadero, la aldea y su calle que sube, las colinas de barro oscuro y sus matorrales de álamos y brezos —imagen rejuvenecida de los lugares que había amado. Solo la casa donde entré no me era conocida. Comprendí que había existido en no sé qué tiempo, y que en ese mundo que visitaba entonces, el fantasma de las cosas acompañaba al del cuerpo.

Entré en una vasta sala donde estaban reunidas muchas personas. En torno volvía a ver rostros conocidos. Las facciones de parientes muertos, que había llorado, se hallaban reproducidas en otros que, vestidos de trajes más antiguos, me hacían el mismo recibimiento paternal. Parecían haberse reunido para un banquete familiar. Uno de esos parientes vino a mí y me besó tiernamente. Llevaba un vestido antiguo cuyos colores parecían desteñidos, y su cara sonriente, bajo los cabellos empolvados, tenía cierta semejanza con la mía. Me parecía más particularmente viviente que los otros y, por decirlo así, en relación más espontánea con mi espíritu. Era mi tío. Me hizo colocar cerca de él y una especie de comunicación se estableció entre nosotros; pues no puedo decir que oyera su voz; únicamente, a medida que mi pensamiento se enfocaba a un punto, la explicación se me hacía clara inmediatamente y las imágenes se precisaban ante mis ojos como pinturas animadas.

—¡Eso es cierto! —decía yo con fruición—, somos inmortales y conservamos aquí las imágenes del mundo que hemos habitado. ¡Qué dicha pensar que cuanto hemos amado existirá siempre en torno nuestro!... ¡Estaba muy cansado de la vida!

—No te apresures —dijo él—, no te apresures en regocijarte, pues aún perteneces al mundo de arriba y aún tienes que soportar rudos años de prueba. La mansión que te encanta tiene también sus dolores, sus luchas y sus peligros. La tierra donde hemos vivido es siempre el teatro donde se ligan nuestros destinos, somos los rayos del fuego central que la anima y que se ha debilitado ya...

—¡Cómo! —dije—. ¿La tierra podría morir y nosotros seríamos invadidos por la nada?

—La nada —dijo él— no existe sino en el sentido en que uno la entiende; pero la tierra es por sí misma un cuerpo material del cual forma el alma la suma de los espíritus. La materia no es más perecedera que el espíritu, pero puede modificarse según el bien y el mal. Nuestro pasado y nuestro porvenir son solidarios. Vivimos en nuestra raza y nuestra raza vive en nosotros.

Esta idea se me hizo sensible inmediatamente y, como si los muros de la sala se hubieran abierto sobre perspectivas infinitas, me parecía ver una cadena ininterrumpida de hombres y mujeres en quienes yo estaba y que eran yo mismo; los vestidos de todos los pueblos, las imágenes de todos los países aparecían distintamente a la vez, como si

mis facultades de atención se hubieran multiplicado sin confundirse por un fenómeno de espacio análogo al de tiempo que concentra un siglo de acción en un minuto de sueño. Mi asombro aumentó al ver que esa inmensa enumeración se componía únicamente de personas que se encontraban en la sala y de las que había visto las imágenes dividirse y combinarse en mil aspectos fugitivos.

—Somos siete —dije a mi tío.

—Es en efecto —dijo él—, el número típico de cada familia humana y, por extensión, siete veces siete y muchos más.

No puedo esperar hacer comprender esa respuesta que para mí mismo permanece muy oscura. La metafísica no me proporciona términos para la percepción que me vino entonces de la relación de ese número de personas con la harmonía general. Puede uno concebir en el padre y la madre la analogía de las fuerzas eléctricas de la naturaleza, ¿pero cómo establecer los centros individuales emanados de ellos, y de los cuales ellos emanan, como una *figura* anímica colectiva, cuya combinación fuera a la vez múltiple y limitada? Equivaldría a pedir cuentas

a la flor por el número de sus pétalos o las divisiones de su corola...; al suelo, de las figuras que traza; al sol, de los colores que produce.

V

Todo cambiaba de forma en torno a mí. El espíritu con quien conversaba no tenía ya el mismo aspecto. Era un joven quien más bien que comunicármelas recibía ahora de mí las ideas... ¿Había yo ido demasiado lejos en esas alturas que producen vértigo? Me pareció comprender que esas preguntas eran oscuras o peligrosas, aun para los espíritus del mundo que entonces percibía... Quizá un poder superior me prohibía esas investigaciones. Me vi errando en las calles de una ciudad muy populosa y desconocida. Noté que era accidentada por estar construida sobre colinas y dominada por un monte totalmente cubierto de habitaciones. Entre el pueblo de esta capital distinguí ciertos hombres que parecían pertenecer a una nación particular; su aspecto vivo, resuelto, el acento enérgico de sus facciones, me hacían pensar en esas razas independientes y guerreras de los países de las montañas o de ciertas islas no frecuentadas por extranjeros; sin embargo, era en medio de una gran ciudad y de una población mezclada y banal donde sabían mantener así su individualidad huraña. ¿Qué eran pues esos hombres? Mi guía me hizo subir calles escarpadas

y fragorosas donde resonaban los diversos ruidos de la industria. Subimos aún por largas series de escalas, al fin de las cuales el panorama se descubrió. Aquí y allá terrazas revestidas de emparrados, jardincillos cultivados sobre algunos espacios planos, techos, pabellones ligeramente construidos, pintados y esculpidos por una paciencia caprichosa: perspectivas ligadas por amplios lazos de verdura colgante seducían los ojos y agradaban al espíritu como el aspecto de un oasis delicioso, de una soledad ignota encima del tumulto y del ruido, que allí no eran sino murmullo. Se ha hablado con frecuencia de naciones proscritas, viviendo a la sombra de las necrópolis y de las catacumbas; aquí era sin duda lo contrario. Una raza feliz se había creado este retiro amado de los pájaros, de las flores, del aire puro y de la claridad.

—Son —me dijo mi guía— los antiguos habitantes de la montaña que domina la ciudad y sobre la que estamos en este instante. Largo tiempo han vivido, sencillos de costumbres, amantes y justos, conservando las virtudes naturales de los primeros días del mundo. El pueblo circunvecino los honraba y se modelaba a su imagen. Del punto donde estaba entonces, descendí, siguiendo a mi guía, hasta una de esas habitaciones altas cuyos techos

reunidos formaban tan extraño aspecto. Me parecía que mis pies se hundían en las capas sucesivas de los edificios de diversas edades. Esos fantasmas de construcciones, descubriendo siempre otros en que se notaba el gusto peculiar de cada siglo, me representaban el aspecto de las excavaciones que se hacen en las ciudades antiguas, excepto que aquí eran aéreas, vivientes, surcadas por mil juegos de luz. Me encontré al fin en una vasta estancia donde vi a un viejo trabajando ante una mesa en no sé qué obra de industria.

En el momento en que yo franqueaba la puerta, un hombre vestido de blanco de quien distinguía mal el rostro, me amenazó con un arma que tenía en la mano, pero el que me acompañaba le hizo seña de alejarse. Parecía que hubieran querido impedirme penetrar el misterio de esos retiros. Sin preguntar nada a mi guía, comprendí por intuición que esas alturas y a la vez esas profundidades eran el retiro de los primitivos habitantes de la montaña. Desafiando siempre las olas invasoras de las acumulaciones de razas nuevas, vivían allí, sencillos de costumbres, amantes y justos, diestros, firmes e ingeniosos, y pacíficamente vencedores de las masas ciegas que habían invadido tantas veces su

heredad. ¡Y cómo! ¡Ni corrompidos, ni destruidos, ni esclavos! ¡Puros, a pesar de haber vencido la ignorancia! ¡Conservando en la abundancia las virtudes de la pobreza! Un niño se divertía en el suelo con cristales, conchas y piedras grabadas, haciendo sin duda un juego del estudio. Una mujer de cierta edad, pero bella aún, se ocupaba de los trabajos domésticos. En ese instante varios jóvenes entraron ruidosamente, como regresando de sus trabajos. Me admiré de verlos a todos vestidos de blanco; pero parece que era una ilusión de mi vista; para hacérmela sensible, mi guía se puso a dibujar sus trajes tiñéndolos de colores vivos, haciéndome comprender que así eran en realidad. La blancura que me admiraba provenía quizá de un brillo particular, de un juego de luz en que se confundían los tintes ordinarios del prisma. Salí del cuarto y me vi en una terraza dispuesta como prado. Allí paseaban y jugaban muchachas y niños. Sus vestidos me parecían blancos como los otros, pero estaban adornados con bordados de color rosa. Esas personas eran tan bellas, sus rasgos tan graciosos, y el brillo de su alma se transparentaba tan vivamente a través de sus formas delicadas, que inspiraban todas una especie de amor sin preferencia ni deseo, resumiendo todas las embriagueces de las pasiones vagas de la juventud.

No puedo expresar el sentimiento que experimenté en medio de esos seres encantadores que me eran caros sin conocerlos. Eran como una familia primitiva y celeste, cuyos ojos sonrientes buscaban los míos con dulce compasión. Me puse a llorar con lágrimas ardientes, como al recuerdo de un Paraíso perdido. Allí sentí amargamente que era solo un pasajero en un mundo extraño y amado a un mismo tiempo, y me estremecí al pensar que debía regresar a la vida. En vano, mujeres y niños se aglomeraban en torno mío como para retenerme. Ya sus formas encantadoras se fundían en vapores confusos, palidecían sus bellos rostros, y sus rasgos acentuados, sus ojos cintilantes se perdían en la penumbra donde lucía aún el último relámpago de la sonrisa...

Tal fue esta visión, o tales fueron al menos los detalles principales que recuerdo. El estado cataléptico en que me había encontrado durante varios días me fue explicado científicamente, y los relatos de quienes me habían visto así me causaban una especie de cólera cuando veía atribuir a una aberración del espíritu los movimientos y las palabras que coincidían con las diversas fases de lo que para mí constituía una serie de acontecimientos

lógicos. Prefería a aquellos de mis amigos que por una paciente complacencia o debido a ideas análogas, me hacían repetir largas relaciones de las cosas que había visto en espíritu. Uno de ellos me dijo llorando:

—¿No es verdad que existe un Dios?

—¡Sí! —Le dije con entusiasmo.

Y nos abrazamos como dos hermanos de esa patria mística que había entrevisto. ¡Qué dicha encontré primero en esa convicción! Así, la duda eterna de la inmortalidad del alma que afecta los mejores espíritus se hallaba resuelta para mí. No más muerte, no más tristeza, no más inquietud. Los que amaba, parientes, amigos, me daban signos precisos de su existencia eterna, y ya no estaba separado de ellos sino por las horas del día. Esperé las de la noche en una dulce melancolía.

VI

Un sueño que luego tuve me confirmó ese pensamiento. Me encontré de pronto en una sala que formaba parte de la mansión de mi abuelo. Únicamente que parecía haberse ampliado. Los viejos muebles brillaban con un pulimento maravilloso, los tapices y cortinas parecían renovados. Una claridad tres veces más reluciente que la del día natural llegaba por la ventana y la puerta, y había en el aire una frescura y un perfume de las primeras mañanas tibias de primavera. Tres mujeres trabajaban en esta pieza y representaban, sin parecérseles exactamente, a parientas y amigas de mi juventud. Parecía que cada una tuviera los rasgos de varias personas. Los contornos de sus rostros variaban como la llama de una lámpara y a cada instante algo de una pasaba a las otras; la sonrisa, la voz, el color de los ojos, de los cabellos, del talle, los ademanes familiares se intercambiaban como si esas personas hubieran vivido la misma vida, y cada una fuera la resultante de todas, semejante a esos tipos que los pintores imitan de muchos modelos para realizar una belleza completa.

La de más edad me hablaba con una voz vibrante y melodiosa que reconocía por haberla oído en mi infancia, y no sé qué me decía que me impresionaba por su profunda exactitud. Pero ella atrajo mi pensamiento hacia mí mismo, y me vi vestido con un trajecito café, de forma antigua, totalmente tejido de agujas con hilos tendidos como los de la tela de araña. Era coqueto, gracioso e impregnado de aromas suaves. Me sentí rejuvenecido y peripuesto con ese vestido que salía de sus dedos de hada, y les daba las gracias sonrojándome, como si no fuera sino un niño ante grandes y hermosas damas. Entonces una de ellas se levantó y se dirigió al jardín.

Sabido es que, en los sueños, nunca se ve el sol, a pesar de que se tenga, muchas veces, la percepción de una claridad mucho más viva. Los objetos y los cuerpos son luminosos por sí mismos. Me vi en un pequeño parque donde los emparrados se prolongaban en túneles cargados de pesados racimos de uva blancos y negros; a medida que la dama avanzaba bajo esos túneles, la sombra de los emparrados cruzados le cambiaba a mis ojos sus formas y sus vestidos. Ella salía al fin, y nos encontrábamos en un espacio descubierto. Se percibía apenas el trazo de

antiguas calzadas que anteriormente lo habían cortado en cruz. El cultivo había sido abandonado desde hacía largos años, y plantas esparcidas de campanillas, de lúpulo, de hiedra, de jazmín, de madreselva, tendían entre los árboles de un crecimiento vigoroso sus largos lazos de lianas. Las ramas se plegaban hasta la tierra, cargadas de frutos, y entre matorrales de hierbas parásitas dilataban sus corolas algunas flores de jardín vueltas al estado salvaje.

De trecho en trecho se elevaban macizos de álamos, de acacias y pinos, en el seno de los que se entreveían estatuas ennegrecidas por el tiempo. Percibí un montón de rocas cubiertas de hiedra de donde brotaba una fuente de agua viva, cuyo borboteo armonioso resonaba sobre un estanque de agua durmiente velado a medias por grandes hojas de nenúfar.

La dama a quien yo seguía, irguiendo su cuerpo esbelto con un movimiento que hacía reverberar su vestido de tafetán opalino, rodeó graciosamente con el brazo desnudo un gran ramo de malvarrosa y se puso a crecer bajo un claro rayo de luz, de manera que poco a poco el jardín tomaba su forma, y los prados y los árboles

se convertían en los rosetones y los festones de sus vestidos, mientras que su rostro y sus brazos imprimían sus contornos a las nubes purpúreas del cielo. La perdí de vista así, a medida que se transfiguraba, pues parecía desvanecerse en su propia majestad.

—¡Ah!, ¡no huyas! —grité—, ¡porque la naturaleza muere contigo!

Diciendo estas palabras caminé penosamente a través de las malezas, como para perseguir la sombra amplificada que se me escapaba, pero choqué contra un muro derruido, a cuyo pie yacía un busto de mujer. Al levantarlo, tuve la persuasión de que era *el suyo*... Reconocía las facciones amadas y, volviendo los ojos en torno mío, vi que el jardín había tomado el aspecto de un cementerio. Unas voces decían:

—El Universo está en la noche.

VII

Este sueño tan felizmente iniciado me precipitó en un gran desconcierto. ¿Qué significaba? No lo supe sino más tarde. Aurelia había muerto.

Primero no tuve sino noticia de su enfermedad. Debido al estado de mi espíritu, solo sentí una vaga pena mezclada con esperanza. Yo mismo creía tener poco tiempo que vivir y de allí en adelante estaba seguro de la existencia de un mundo donde los corazones amantes vuelven a encontrarse. Además, ella me pertenecía mucho más en su muerte que en su vida... Pensamiento egoísta que mi razón debía pagar más tarde con amargos remordimientos.

No quisiera abusar de los presentimientos, el azar hace cosas extrañas; pero entonces me vi preocupado por un recuerdo de nuestra unión demasiado rápida. Le había yo dado un anillo de un trabajo antiguo cuyo engaste estaba formado por un ópalo tallado en forma de corazón. Como esta sortija era demasiado grande para sus dedos, tuve la idea fatal de hacerla cortar para

disminuir su circunferencia, no comprendí mi falta sino al oír el ruido de la sierra. Me pareció ver correr sangre...

Los cuidados del arte me habían vuelto a la salud sin haber restituido a mi espíritu el curso normal de la razón humana. La casa donde me encontraba, situada sobre una altura, tenía un vasto jardín plantado de árboles preciosos. El aire puro de la colina en que estaba situada, los primeros alientos de la primavera, las dulzuras de una sociedad simpática me traían largos días de calma.

Las primeras hojas de los sicomoros me encantaban por la vivacidad de sus colores, semejantes a los penachos de los gallos de Faraón. La vista que se extendía sobre la llanura presentaba de la mañana a la noche horizontes deliciosos, cuyos tintes graduados gustaban a mi imaginación. Poblé los collados y las nubes de figuras divinas de las que me parecía ver distintamente las formas. Quise fijar mejor mis pensamientos favoritos y, ayudado por carbones y trozos de ladrillos que recogía, cubrí pronto los muros con una serie de frescos donde se realizaban mis impresiones. Una figura dominaba siempre las otras: Aurelia, pintada bajo los rasgos de una divinidad tal como me había aparecido en mi sueño. Bajo

sus pies se movía una rueda, y los dioses le formaban cortejo. Llegué a colorear este grupo obteniendo el jugo de yerbas y flores. ¡Cuántas veces he soñado ante este ídolo amado! Hice más, traté de figurar con barro el cuerpo de la que amaba; todas las mañanas tenía que volver a empezar mi trabajo, pues los locos, celosos de mi dicha, se ingeniaban en destruir la imagen.

Se me dio papel y durante largo tiempo me apliqué a representar, por mil figuras acompañadas de relatos, de versos y de inscripciones en todas las lenguas, una especie de historia del mundo mezclada de recuerdos y de fragmentos de sueños que mi preocupación hacía más sensibles o prolongaba su duración. No me detenía en las tradiciones modernas de la creación. Mi pensamiento remontaba más allá: entreveía, como en un recuerdo, el primer pacto formado por los primeros genios, por medio de talismanes. Había tratado de reunir las piedras de la *Mesa sagrada* y de representar en torno a los siete primeros *Eloíms* que se habían dividido el mundo.

Este sistema de historia, imitado de las tradiciones orientales, empezaba por el feliz acuerdo de las potencias naturales que formaban y organizaban el universo.

Durante la noche que precedió a mi trabajo, me creí trasportado a un planeta oscuro donde se debatían los primeros gérmenes de la creación. Del seno de la arcilla blanda aún se erguían palmeras gigantescas, euforbios venenosos y acantos trenzados en torno a los cactus; las siluetas áridas de las rocas se elevaban como esqueletos de ese bosquejo de creación, y reptiles asquerosos serpenteaban, se ensanchaban o se enroscaban en medio de la inextricable red de vegetación salvaje. La pálida luz de los astros iluminaba solamente las perspectivas azulosas de ese extraño horizonte; mientras que, a medida que estas creaciones se formaban, una estrella más luminosa extraía de ellas los gérmenes de su claridad.

VIII

Luego los monstruos cambiaban de forma y, despojándose de su primera piel, se erguían más potentes sobre patas gigantescas; la enorme masa de sus cuerpos rompía las ramas de las malezas y, en el desorden de la naturaleza, se entregaban a combates en que yo mismo tomaba parte, porque tenía un cuerpo tan extraño como el de ellos. De pronto, una armonía singular resonó en nuestras soledades y parecía que los gritos, los rugidos y los silbidos confusos de los seres primitivos se modularan de allí en adelante según ese tema divino. Las variaciones se sucedían al infinito, el planeta se iluminaba poco a poco, formas divinas se dibujaban sobre los follajes y sobre la profundidad de los sotos y, ya vencidos, todos los monstruos que había visto abandonaban sus formas extravagantes y se transformaban en hombres y mujeres; otros revestían, en sus transformaciones, el aspecto de las bestias salvajes, de los peces y de las aves.

¿Quién había hecho ese milagro? Una diosa radiante guiaba en estos nuevos *avatares* la evolución rápida de la humanidad. Se estableció entonces una distinción de las

razas que, partiendo del orden de los pájaros, comprendía también a las bestias, a los peces y a los reptiles: eran los divos, los peris, los ondinos y las salamandras; cada vez que moría uno de estos seres, renacía inmediatamente bajo otra forma más bella y cantaba la gloria de los dioses. Entretanto, uno de los Eloíms tuvo la idea de crear una quinta raza compuesta de los elementos de la tierra, y que se llamó de los *afritas*. Fue la señal de una revolución completa entre los espíritus que no quisieron ya reconocer a los nuevos amos del mundo.

No sé cuántos miles de años duraron esos combates que ensangrentaron el globo. Tres de los Eloíms con los espíritus de sus razas fueron relegados al sur de la tierra, donde fundaron vastos reinos. Habían llevado consigo los secretos de la divina Cábala que liga los mundos y tomaban su fuerza de la adoración de ciertos astros a los que corresponden siempre. Esos nigromantes, desterrados al confín de la tierra, se habían puesto de acuerdo para transmitirse el poderío. Rodeado de mujeres y de esclavos, cada uno de sus soberanos se había asegurado la facultad de renacer bajo la forma de uno de sus hijos. Su vida era de mil años. Al acercarse su muerte, cabalistas prominentes los encerraban en sepulcros

bien custodiados donde los alimentaban con elíxires y sustancias conservadoras. Largo tiempo aún, ellos guardaban las apariencias de la vida; luego, semejantes a la crisálida que hila su capullo, se dormían cuarenta días para renacer bajo la forma de un tierno niño que era llamado más tarde a gobernar el imperio.

Entretanto, las fuerzas vivificantes de la tierra se agotaban en nutrir esas familias, cuya sangre, siempre la misma, inundaba nuevos retoños. En vastos subterráneos cavados bajo los hipogeos y las pirámides, habían acumulado todos los tesoros de las razas pasadas y ciertos talismanes que los protegían contra la cólera de los dioses.

En el África Central, más allá de las montañas de la Luna y de la antigua Etiopía, habían tenido lugar estos extraños misterios: largo tiempo había yo gemido en cautiverio, lo mismo que una parte de la raza humana. Los sotos que antes había visto tan verdes, no mostraban ya sino flores pálidas y hojas marchitas; un sol implacable devoraba estas regiones y los vástagos débiles de esas eternas dinastías parecían agobiados por el peso de la vida. Esta grandeza imponente y monótona, ordenada

por la antigua etiqueta y las ceremonias hieráticas, pesaba sobre todos sin que nadie osara sustraerse. Los viejos languidecían bajo el peso de sus coronas y ornamentos imperiales, entre médicos y sacerdotes, cuyo saber les garantizaba la inmortalidad. En cuanto al pueblo, para siempre engranado en la división de castas, no podía contar ni con la vida ni con la libertad. Al pie de los árboles marcados de muerte y esterilidad, a la orilla de las fuentes agotadas, se veía sobre la yerba tostada marchitarse a niños y mujeres deprimidos y sin color. El esplendor de las estancias reales, la majestad de los pórticos, el brillo de los trajes y adornos, no eran sino un débil consuelo al fastidio eterno de esas soledades.

Pronto los pueblos fueron diezmados por las enfermedades; las bestias y las plantas murieron, y los inmortales mismos perecían bajo sus trajes pomposos. Una plaga mayor que las otras vino de improviso a salvar y rejuvenecer al mundo. La constelación de Orión abrió en el cielo las cataratas del agua; la tierra, demasiado cargada con los hielos del polo opuesto, dio media vuelta sobre sí misma y los mares, desbordando sus playas, refluyeron sobre las altiplanicies de África y Asia; la inundación penetró las arenas, llenó las tumbas y las

pirámides y, durante cuarenta días, un arca misteriosa se paseó sobre los mares llevando la esperanza de una nueva creación.

Tres de los Eloíms se habían refugiado sobre la cima de la más alta de las montañas de África. Entre ellos se libró un combate. Aquí, mi memoria se enturbia, y no sé cuál fue el resultado de esa suprema lucha. Únicamente veo, sobre un picacho bañado por las aguas, a una mujer abandonada que grita, con los cabellos en desorden, debatiéndose contra la muerte. Sus ayes lastimeros dominaban el ruido de las aguas... ¿Fue salvada? Lo ignoro.

Los dioses, sus hermanos, la habían condenado, pero encima de su cabeza brillaba la estrella de la tarde que vertía sobre su frente rayos ardientes.

El himno interrumpido de la tierra y los cielos resonó armoniosamente para consagrar el concilio de las razas nuevas. Y, mientras que los hijos de Noé trabajaban penosamente a los rayos de un nuevo sol, los nigromantes, acurrucados en sus habitaciones subterráneas, guardaban siempre sus tesoros y se complacían en el silencio y la noche. A veces salían tímidamente de sus asilos y venían

a aterrorizar a los vivos o a esparcir entre los malos las lecciones funestas de su ciencia.

Tales son los recuerdos que reconstruí por una especie de intuición del pasado: me estremecía al reproducir los rasgos odiosos de aquellas razas malditas. En todas partes moría, gemía o languidecía la imagen doliente de la Madre eterna. A través de las vagas civilizaciones de Asia y África, veía renovarse siempre una escena sangrienta de orgía y de matanza que los mismos espíritus reproducían bajo nuevas formas.

La última acaecía en Granada, donde el talismán sagrado se derrumbaba bajo los golpes enemigos de moros y cristianos. ¡Cuántos años aún debería sufrir el mundo, porque es preciso que la venganza de aquellos eternos enemigos se renueve bajo otros cielos! Son los trozos divididos de la serpiente que rodea la tierra... Separados por el hierro, se reúnen en un beso inmundo cimentado con la sangre de los hombres.

IX

Tales fueron, una tras otra, las imágenes que se mostraron a mis ojos. Poco a poco la calma había vuelto a mi espíritu y dejé aquella casa que era para mí un Paraíso. Circunstancias fatales preparaban, mucho tiempo después, una recaída que reanudó la serie sin término de tan extraños ensueños. Me paseaba en el campo, preocupado por un trabajo que se relacionaba con las ideas religiosas. Pasando ante una casa, oí a un pájaro que hablaba, según algunas palabras que le habían enseñado, pero cuya charla confusa me pareció tener un sentido, me recordó al de la visión que he relatado con anterioridad, y sentí un estremecimiento de mal augurio. Algunos pasos más adelante, encontré a un amigo que no había visto hacía largo tiempo y que vivía en una casa vecina. Quiso mostrarme su propiedad y, en esa visita, me hizo subir a una terraza elevada desde donde se descubría un amplio horizonte. Era la hora del ocaso. Al bajar los peldaños de una escalera rústica, di un paso en falso, y mi pecho fue a chocar contra la esquina de un mueble. Tuve fuerza suficiente para levantarme y precipitarme hasta el jardín, creyéndome herido de muerte, y deseando ver el

sol poniente, una vez más, antes de fallecer. A pesar del dolor que trae consigo un momento semejante, me sentía feliz de morir así, a esa hora, y en medio de los árboles, de los emparrados y de las flores de otoño. Fue, sin embargo, solo un desvanecimiento, tras del cual tuve aún fuerza de llegar a mi casa para echarme en el lecho. La fiebre se apoderó de mí; al recordar desde dónde había caído, volvió a mi mente que la perspectiva que tanto había admirado daba sobre un cementerio, justamente el mismo donde se encontraba la tumba de Aurelia. No había pensado en eso precisamente sino hasta aquí; sin lo cual podía haber atribuido mi caída a la impresión que tal imagen me produjera. Eso mismo me dio la idea de una fatalidad más precisa y lamenté doblemente que la muerte no me hubiera reunido con ella. Luego, reflexioné que no era digno. Me representé la vida que había llevado desde su muerte, reprochándome no el haberla olvidado, lo cual ni había sucedido, pero sí, haber, con fáciles amoríos, ultrajado su memoria. Me vino la idea de interrogar al sueño; pero su imagen, que antes se me aparecía con frecuencia, no volvía ya a iluminar mis noches. No tuve primero sino sueños confusos, mezclados con escenas sangrientas. Parecía como si toda una raza fatal se hubiera desencadenado en medio del mundo ideal que había

visto otras veces y del cual ella era la reina. El mismo espíritu que me había amenazado —cuando entré en la mansión de esas familias puras que habitaban las alturas de la Ciudad Misteriosa— pasó ante mí, no ya con aquel traje blanco que llevaba entonces, a semejanza de los de su raza, sino vestido como príncipe de Oriente. Me precipité hacia él, amenazándolo, pero tranquilamente él se volvió hacia mí. ¡Oh, terror! ¡Oh, rabia! Era mi rostro, era toda mi forma idealizada y amplificada... Entonces recordé a aquel que había sido arrestado la misma noche que yo y que, según mi pensamiento, habían hecho salir bajo mi nombre de la sala de guardias, cuando dos de mis amigos fueron a buscarme. Llevaba en la mano un arma de la que distinguía mal la forma y uno de los que lo acompañaban dijo:

—Con eso es con lo que lo ha herido.

No sé cómo explicar que, en mis ideas, los acontecimientos terrestres podían coincidir con los del mundo sobrenatural, es más fácil *sentirlo* que enunciarlo claramente. ¿Pero quién era ese Espíritu que era yo mismo y existía a la vez fuera de mí? ¿Era el *doble* de las leyendas o ese hermano místico que los orientales llaman *ferouer*?

¿No estaba yo impresionado por la historia de aquel caballero que combatió toda una noche en un bosque contra un desconocido que era él mismo? Sea como fuere, creo que la imaginación humana no ha inventado nada que no sea cierto, en este mundo o en los otros, y no podía dudar de lo que había visto tan claramente.

Una idea terrible vino a mi mente.

—El hombre es doble —me dije.

«Siento en mí dos hombres», ha escrito un Padre de la Iglesia. La cooperación de dos almas ha depositado ese germen mixto en un cuerpo que ofrece él mismo dos porciones similares reproducidas en todos los órganos de su estructura. Hay en todo hombre un espectador y un actor, quien habla y quien responde. Los orientales han creído ver allí dos enemigos: el bueno y el mal genio.

—¿Soy el bueno? ¿Soy el malo? —me preguntaba—. En cualquier caso, *el otro* me es hostil... ¿Quién sabe si haya determinada edad o determinada circunstancia en que estos dos espíritus se separen? ¿Asidos a un mismo cuerpo, ambos por una afinidad material, quizá uno esté

prometido a la gloria y la dicha; otro a la destrucción o al sufrimiento eterno?

Un relámpago fatal atravesó de pronto esta oscuridad... ¡Aurelia ya no era mía! Creí oír hablar de una ceremonia que sucedía lejos y de los preparativos de una boda mística que era la mía y donde *el otro* iba a aprovechar el error de mis amigos y de Aurelia misma. Las personas más queridas que venían a verme y a consolarme me parecían poseídas por la incertidumbre, es decir que las dos partes de sus almas se separaban también con respecto a mí, una afectuosa y confiada, otra como herida de muerte en lo que a mí se refería. En todo lo que esas personas me decían había un doble sentido, a pesar de que ellas no se daban cuenta, puesto que no existían *en espíritu* como yo. Por un momento, ese pensamiento hasta me pareció cómico recordando a Anfitrión y Sosias. ¿Pero, si ese grotesco símbolo fuera otra cosa, si, como en otras Tabulas de la antigüedad, fuera la verdad fatal bajo la máscara de la locura?

—Bien —me dije—, luchemos contra el espíritu fatal, luchemos contra el dios mismo con las armas de la tradición y la ciencia. A pesar de lo que haga en la

sombra y la noche, yo existo, y tengo para vencerlo todo el tiempo que me resta aún de vivir en la tierra.

X

¿Cómo pintar la extraña desesperación que estas ideas me redujeron poco a poco? Un genio perverso había tomado mi lugar en el mundo de las almas; para Aurelia, era yo mismo, y el espíritu desoldado que vivificaba mi cuerpo, debilitado, desdeñado, ignorado por ella, se veía para siempre destinado a la desesperación y la nada. Empleé todas las fuerzas de mi voluntad en penetrar aún más el misterio del cual había solo conseguido levantar algunos velos. El sueño se mofaba a veces de mis esfuerzos y solo me traía figuras gesticulantes y fugitivas. No puedo dar aquí sino una idea extravagante del resultado de aquel debate espiritual. Me sentía resbalar como sobre un hilo tenso cuya longitud fuera infinita. La tierra, atravesada por venas coloreadas de metales fundidos, como la había visto anteriormente, se iluminaba poco a poco por la efusión del fuego central, cuya blancura se fundía con los tintes cereza que coloreaban los flancos del orbe interior. Me asombraba a veces de encontrar vastas capas de agua, suspendidas como las nubes en el aire, y sin embargo ofreciendo una tal densidad que hacía posible separar copos; pero es evidente que se trataba allí de un líquido

diverso al agua terrestre, y que era sin duda evaporación de lo que representaba al mar y a los ríos para el mundo de los espíritus.

Llegué a una amplia playa montañosa, enteramente cubierta por una especie de cañaverales de tinte verdoso, y amarillento en los extremos como si los fuegos del sol los hubieran agostado en parte, pero no vi más sol que en las otras veces. Un castillo dominaba la costa que me puse a ascender. Sobre la vertiente opuesta, vi extenderse una ciudad inmensa. Mientras había atravesado la montaña, la noche había llegado, y percibía las luces de las habitaciones y de las calles. Al bajar, me encontré en un mercado donde vendían frutos y legumbres parecidos a los de los países del sur.

Descendí por una escalera oscura y me encontré en las calles. Había carteles anunciando la apertura de un casino, y los detalles de su programa se hallaban enunciados en artículos. El marco tipográfico estaba formado por guirnaldas de flores tan bien reproducidas y coloreadas que parecían naturales. Una parte del edificio estaba aún en construcción. Entré en un taller donde vi a varios obreros que modelaban en barro un animal

enorme de la forma de un lama, pero que parecía deber estar provisto de grandes alas. Ese monstruo estaba como atravesado por una corriente de fuego que lo animaba poco a poco, de manera que se torcía, penetrado por mil mallas purpurinas, formando las venas y las arterias y fecundando, por decirlo así, la inerte materia, que se revestía de una vegetación instantánea de apéndices febriles, de aletas y de mechones lanosos. Me detuve a contemplar esa obra maestra, donde parecía haber sido sorprendido el secreto de la creación divina.

—Es que tenemos aquí —me dijeron— el fuego primitivo que animó a los primeros seres... Antes se elevaba hasta la superficie de la tierra, pero las fuentes se han agotado.

Vi también trabajos de orfebrería en los que reempleaban dos metales desconocidos sobre la tierra: uno, rojo, que parecía corresponder al cinabrio; otro azul celeste. Los ornamentos, en lugar de ser cincelados, se formaban, se coloreaban y se dilataban con las plantas metálicas que se hace nacer por ciertas combinaciones químicas.

—¿No crearán también hombres? —dije a uno de los trabajadores.

Pero él replicó:

—Los hombres vienen de arriba y no de abajo; ¿podemos acaso crearnos a nosotros mismos? Aquí no se hace sino formular por los progresos sucesivos de nuestras industrias una materia más sutil que la que compone la corteza terrestre. Estas flores que le parecen naturales, ese animal que semejará vivir, serán solo productos del arte elevado al grado máximo de nuestros conocimientos y cada quien los juzgará así.

Tales son, poco más o menos, las palabras que me fueron dichas o de las que creí percibir el significado. Me puse a recorrer las salas del casino y vi una gran muchedumbre, entre la que distinguí a algunas personas que me eran conocidas, unas vivas aún, otras muertas en diversas épocas. Las primeras parecían no verme, en tanto que las otras me respondían como si no me reconocieran. Había llegado a la sala mayor, que estaba enteramente tapizada de terciopelo púrpura con dibujos de oro tramados. En medio había un sofá en forma de trono. Para probar su elasticidad, algunos paseantes se

sentaban en él; pero los preparativos no estaban aún terminados y se dirigían hacia otras salas. Se hablaba de una boda y del esposo que, decían, debía de llegar para que se anunciara el momento de la fiesta. Inmediatamente un arrebato irracional se apoderó de mí. Imaginé que al que esperaban era a mi doble que iba a casarse con Aurelia e hice un escándalo que pareció consternar a la asamblea. Me puse a hablar con violencia, explicando mis agravios e invocando el auxilio de los que me conocían. Un viejo me dijo:

—Pero esa no es manera de conducirse; asusta usted a todos.

Entonces exclamé:

—Bien, sé que me ha herido ya con sus armas, pero lo esperaré sin temor y conozco el signo que ha de vencerlo.

En ese instante, uno de los obreros del taller que había visitado al entrar apareció llevando una larga barra cuya extremidad estaba compuesta por una bola enrojecida al fuego. Quise precipitarme sobre él, pero la bola amenazaba siempre mi cabeza. En torno mío, todos parecían burlarse de mi impotencia... Entonces, retrocedí

hasta el trono, con el alma llena de un infinito orgullo y levanté el brazo para hacer un signo que me parecía tener una potencia mágica. ¡El grito de una mujer, claro y vibrante, impregnado de una pena desgarradora, me despertó sobresaltado! Las sílabas de una palabra que iba a pronunciar expiraban sobre mis labios... Me precipité al suelo y me puse a rezar con fervor derramando ardientes lágrimas. ¿Pero cuál era esa voz que acababa de resonar tan dolorosamente en medio de la noche?

No pertenecía al sueño; era la voz de una persona viva y sin embargo para mí era la voz de Aurelia...

Abrí una ventana, todo estaba tranquilo y el grito no se repitió más. Me informé afuera; nadie había oído nada. Y a pesar de todo, estoy aún cierto de que el grito era real y de que el aire de los vivos había resonado por su causa... Me dirán sin duda que el azar pudo hacer que en ese instante preciso una mujer enferma gritara en las cercanías de mi casa. Pero, según mi idea, los acontecimientos terrestres estaban ligados a los del mundo invisible. Es una de esas relaciones extrañas de las que yo mismo no me doy bien cuenta y que son más fáciles de indicar que de definir...

¿Qué había hecho yo? Había turbado la armonía del universo mágico de donde mi alma extraía la certidumbre de la existencia inmortal. ¡Estaba ahora maldito quizá por haber querido penetrar el temible misterio ofendiendo la ley divina; no debía esperar ya sino su cólera y su desprecio! Las sombras irritadas huían lanzando gritos y trazando en el aire círculos fatales, como las aves al acercarse la tempestad.

SEGUNDA PARTE

I

¡Eurídice! ¡Eurídice!

¡Perdida por segunda vez!

¡Todo ha terminado, todo ha pasado! ¡Ahora soy yo quien debe morir y morir sin esperanza! ¿Qué es pues la muerte? ¿Si fuera la nada?... Que Dios lo fuera, pero Dios mismo no puede hacer que la muerte sea la nada.

¿Por qué pienso ahora por primera vez en *Él*, desde hace tanto tiempo? El sistema fatal que se había formado en mi espíritu no toleraba esa soberanía solitaria...; o más bien se absorbía en la suma de los seres: era el dios de Lucrecio, impotente y perdido en su inmensidad.

Sin embargo, *ella* creía en Dios y un día sorprendí el nombre de Jesús en sus labios. Brotaba tan dulcemente, que lloré. ¡Oh, Dios mío!, esa lágrima... ¡Se secó hace mucho tiempo! ¡Esa lágrima, Dios mío! ¡Devuélvemela!

Cuando el alma flota incierta entre la vida y el sueño, entre el desorden del espíritu y el retorno a la fría reflexión es en el pensamiento religioso donde debe uno buscar auxilio; jamás he podido hallar en esa filosofía que solo nos presenta máximas de egoísmo o a lo sumo de reciprocidad sino una larga experiencia, dudas amargas; lucha contra los dolores morales anulando la sensibilidad; semejante a la cirugía, no sabe sino amputar el órgano que hace sufrir. Pero, para nosotros, nacidos en días de revoluciones y tormentas, en que todas las creencias han sido aniquiladas, educados a lo sumo dentro de esa vaga ley que se conforma con unas cuantas prácticas exteriores y que nuestra indiferente sumisión hace quizá más culpable que la impiedad absoluta o la herejía misma, es bien difícil, en cuanto sentimos su falta, reconstruir el edificio místico cuya fachada, ya hecha, admiten de corazón los inocentes y los simples. «¡El árbol de la ciencia no es el árbol de la vida!». Sin embargo, ¿podemos nosotros arrojar de nuestro espíritu lo que tantas generaciones inteligentes han vertido en él de bueno o de funesto? La ignorancia no se aprende.

Tengo una esperanza mayor en la bondad de Dios: quizá hemos llegado a la época predicha en que la ciencia,

habiendo cumplido totalmente su ciclo de análisis y síntesis, de creencia y negación, podrá depurarse a sí misma y hará brotar del desorden y las ruinas la maravillosa ciudad del porvenir... No hay que descartar tan fácilmente a la razón humana, bajo pretexto de que gana mucho en humillarse por completo, pues sería poner en duda su origen divino... Sin duda, Dios apreciará la pureza de las intenciones; ¿y qué padre se complacería al ver a su hijo abdicar ante sí de todo razonamiento y de todo orgullo? ¿El apóstol que quería tocar para creer no fue maldecido por eso mismo? ¿Qué acabo de escribir?: ¡blasfemias! La humildad cristiana no puede hablar así. Tales pensamientos distan mucho de conmover el alma. Reflejan sobre la frente los relámpagos de orgullo de la corona de Satán... ¿Un pacto con Dios mismo?... ¡Oh, ciencia! ¡Oh, vanidad!

Había reunido algunos libros de cábala. Me entregué a ese estudio y llegué a persuadirme de que todo era cierto en lo que a este respecto había acumulado el espíritu humano durante siglos. La convicción que me había formado de la existencia del mundo exterior coincidía demasiado bien con mis lecturas para que dudara en lo sucesivo de las revelaciones del pasado. Los dogmas y los

ritos de las diversas religiones me parecían relacionarse de tal suerte, que cada una poseía cierta porción de esos arcanos que constituían sus medios de expansión y de defensa. Esas fuerzas podían debilitarse, disminuir y desaparecer, lo que acarreaba la invasión de ciertas razas por otras, ninguna de ellas pudiendo ser victoriosa o vencida sino por el Espíritu.

—Sin embargo —me decía—, es seguro que estas ciencias están mezcladas con errores humanos. El alfabeto mágico, el jeroglífico misterioso no llegan a nosotros sino incompletos y falseados ya sea por el tiempo, ya sea por aquellos mismos que tienen interés en nuestra ignorancia; descubramos la letra perdida o el signo borrado, reafinemos la gama disonante y recuperemos fuerza en el mundo de los espíritus.

Así es como creía percibir las relaciones del mundo real con el mundo de los espíritus. La tierra, sus habitantes y su historia eran el teatro donde venían a verificarse las acciones físicas que preparaban la existencia y la situación de los seres inmortales, vinculados a su destino. Sin agitar el misterio impenetrable de la eternidad de los mundos, mi pensamiento se remontaba a la época en que

el sol, parecido a la planta que lo representa y que con su cabeza inclinada sigue la revolución de su marcha celeste, sembraba sobre la tierra los gérmenes fecundos de las plantas y los animales. No era otra cosa sino el hecho mismo, que, siendo un compuesto de almas, formulaba instintivamente la habitación común. El espíritu del Ser-Dios, reproducido y por decirlo así reflejado sobre la tierra, se convertía en el tipo común de las almas humanas, de las que cada una, por consiguiente, era a la vez hombre y dios. Tales fueron los Eloíms.

Cuando uno mismo se siente desgraciado, se piensa en la desdicha de los demás. Había dejado de visitar a uno de mis amigos más queridos, que me había dicho estaba enfermo.

Dirigiéndome a la casa donde se le atendía, me reprochaba enérgicamente mi falta. Me desolé aún más cuando mi amigo me refirió que la víspera había estado muy grave. Entré en una cámara de hospicio blanqueada con cal. El sol recortaba ángulos alegres sobre los muros y jugaba en un vaso con flores que una religiosa había colocado hacía poco sobre la mesa del enfermo. Era casi la celda de un anacoreta italiano. Su rostro enflaquecido,

su tez parecida al marfil amarillento, realzado por el color negro de la barba y los cabellos, sus ojos iluminados por un resto de fiebre, quizá también un manto con capuchón echado sobre sus hombros, lo transformaban para mí en un ser diverso a medias del que había conocido.

No era ya el alegre compañero de mis trabajos y placeres; había ahora en él un apóstol. Me refirió cómo se había visto, durante el periodo más grave de los sufrimientos de su mal, poseído de un último transporte que le pareció ser el momento supremo. Tras ese instante el dolor había cesado como por milagro. Lo que me contó luego es imposible de relatarse: un sueño sublime en los espacios más vagos del infinito, una conversación con un ser diferente a la vez y partícipe de sí mismo, y a quien, creyéndose muerto, le preguntaba dónde estaba Dios. «Pero si Dios está en todas partes —le respondió su espíritu—; está en ti y en todos. Te juzga, te escucha, te aconseja; tú y *yo* que pensamos y soñamos juntos, ¡y nunca nos hemos separado y somos eternos!».

No puedo citar otra cosa de esta conversación, que quizá oí mal o comprendí mal. Únicamente sé que la impresión fue muy viva. No me atrevo a atribuir a mi

amigo las conclusiones que tal vez erróneamente deduje de sus palabras. Ignoro también si el sentido que resulta está conforme con la idea cristiana.

—¡Dios está con él! —exclamé—; ¡pero ya no está conmigo! ¡Oh, desdicha! ¡Lo he arrojado de mí, lo he amenazado, lo he maldecido! ¡Era él precisamente, aquel hermano místico, que se alejaba de mi alma cada vez más y que me prevenía en vano! ¡Ese esposo preferido, ese rey de gloria, es quien me juzga y me condena, quien se lleva para siempre a su cielo a aquella que él mismo me habría dado y de quien soy indigno ahora!

II

No puedo expresar el abatimiento en que me sumergieron estas ideas.

—Comprendo —me dije—, he preferido la criatura al Creador; he deificado mi amor y he aclarado, según los ritos paganos, a aquella cuyo último suspiro fue consagrado a Cristo.

Pero si esa religión dice la verdad, Dios puede perdonarme aún. Puede devolvérmela si me humillo ante él; ¡quizá su espíritu nazca en mí!

Erré por las calles, al azar, preocupado por esta idea. Un entierro cruzó mi camino; se dirigía hacia el cementerio donde ella había sido enterrada. Tuve la idea de ir allí sumándome al cortejo. Ignoro, me decía, quién es el muerto que conducen a la fosa; pero ahora sé que los muertos nos ven y nos oyen; quizá a este le agrade verse acompañado por un hermano en el dolor, más triste que ninguno de los que lo siguen. Esta idea me hizo verter lágrimas, y sin duda creyeron que yo era uno de

los mejores amigos del difunto. ¡Oh, lágrimas benditas! ¡Placía mucho tiempo que tu dulzura me era negada!

Mi cabeza se despejaba, y un rayo de esperanza me conducía aún. Sentí que tenía fuerza para rezar, y esto me regocijaba intensamente. No me informé siquiera del nombre de aquel a quien había seguido a la tumba. El cementerio donde acababa de entrar me era sagrado por muchas razones. Allí habían sido enterrados tres parientes de mi familia materna, pero no podía ir a rezar sobre sus tumbas, pues habían sido transportados hacía varios años a un país lejano de donde eran oriundos.

Busqué largo tiempo la tumba de Aurelia, y no pude encontrarla. La disposición del cementerio había sido cambiada, quizá mi memoria había perdido también su orientación... Me parecía como si ese azar, ese olvido, se sumara a mi condena. No osé decir al guardián el nombre de una muerta sobre la cual no tenía, religiosamente hablando, ningún derecho... Pero recordé que tenía en mi habitación las señas precisas de la tumba y corrí allá con el corazón palpitante y la cabeza perdida. Lo he dicho ya: había rodeado mi amor de supersticiones extravagantes. En un cofrecillo que le había pertenecido, conservaba

su última carta. Osaré confesar aún que había hecho de ese cofre una especie de relicario que me recordaba los largos viajes a donde su imagen me había seguido: una rosa cortada en los jardines de Chubra, un trozo de venda traído de Egipto, hojas de laurel recogidas en las riberas de Beirut, dos pequeños cristales dorados, mosaicos de Santa Sofía, la cuenta de un rosario, ¿qué se yo?..., en fin, el papel que me habían dado el día en que fue cavada su tumba, con el fin de que pudiera encontrarla... Me sonrojé, temblé al dispersar tan loca colección. Tomé los dos papeles y, al momento preciso de dirigirme de nuevo al cementerio, cambié de resolución. «¡No!», me dije, «¡no soy digno de arrodillarme sobre la tumba de una cristiana; no agreguemos una nueva profanación a tantas otras!...». Y, para calmar la tempestad que rugía en mi cabeza, me transporté a varias leguas fuera de París, a una pequeña población donde había pasado algunos días felices de mi juventud, en casa de unos viejos parientes, ahora muertos. Con frecuencia había ido con gusto, cerca de esa casa, a ver ponerse el sol. Había allí una terraza sombreada por tilos que me recordaba también a varias muchachas, parientes mías sin duda, entre las cuales había crecido. Una de ellas...

¿Pero había pensado siquiera en oponer ese vago amor infantil al que después había devorado mi juventud? Vi al sol declinar sobre el valle que se llenaba de vapores y sombras; desapareció, bañando en fuegos rojizos la cima de los bosques que bordeaban las altas colinas. La más fúnebre tristeza llenó mi corazón. Fui a dormir a una posada donde era desconocido. El hostelero me habló de uno de mis antiguos amigos, habitante de la ciudad, quien debido a especulaciones desdichadas se había matado de un pistoletazo...

...El sueño me trajo pesadillas terribles. No he conservado sino un recuerdo confuso. Me encontraba en un salón desconocido y conversaba con alguien del mundo exterior, quizá el amigo de quien acabo de hablar. Un espejo muy alto se hallaba detrás de nosotros. Echando casualmente una ojeada hacia él, me pareció reconocer a Aurelia.

Parecía triste y pensativa; de pronto, sea que ella saliera del espejo, sea que pasando por la sala se hubiera reflejado un instante antes, su figura dulce y querida se halló cerca de mí.

Me tendió la mano, dejó caer sobre mí una mirada dolorida y me dijo:

—Nos volveremos a ver más tarde... en casa de tu amigo.

En un instante, me representé su matrimonio, la maldición que nos separaba... y me dije:

—¿Es posible? ¿Volvería a mí? ¿Me has perdonado? —pregunté con lágrimas.

Pero todo había ya desaparecido. Me encontraba en un lugar desierto, en una áspera pendiente sembrada de rocas, en medio de bosques. Una casa, que me parecía reconocer, dominaba este lugar desolado. Iba y venía por desviaciones inextricables. Cansado de andar entre piedras y malezas, buscaba a veces un camino más suave por los senderos del bosque.

—¡Me esperan allá! —pensé.

Cierta hora sonó... Me dije:

—¡Es demasiado tarde!

Unas voces respondieron:

—¡Ella se ha perdido!

Una noche profunda me rodeaba; la casa lejana brillaba como iluminada para una fiesta y llena de huéspedes que habían llegado a tiempo.

—¡Ella se ha perdido! —grité—, ¿y por qué?... Comprendo: ha hecho un último esfuerzo para salvarme; he perdido el momento supremo en que el perdón era aún posible. Desde lo alto del cielo, ella podía rogar por mí al Divino Esposo... ¿Y qué importa mi salvación misma? ¡El abismo ha recibido su presa! ¡Ella se ha perdido para mí y para todos!

Me parecía verla como a la luz de un relámpago, pálida y moribunda, arrastrada por sombríos caballeros...

El grito de dolor y de rabia que lancé en aquel momento me despertó jadeante.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Por ella y solo por ella! ¡Dios mío! ¡Perdona! —exclamé arrodillándome.

Era de día. Por un impulso del cual me es imposible dar cuenta, resolví destruir al momento los dos papeles que la víspera había sacado del cofre: ¡la carta!, que releí empapándola en lágrimas y el papel fúnebre que llevaba el sello del cementerio.

—¡Encontrar ahora su tumba! —me decía—, pero si era ayer cuando debí haber regresado, ¡y mi sueño fatal no es sino el reflejo de mi fatal jornada!

III

La llama ha devorado esas reliquias de amor y de muerte que se anudaban a las fibras más dolorosas de mi corazón. Fui a pasear por el campo mis penas y mis remordimientos tardíos, buscando en la marcha y la fatiga el aturdimiento de mi mente, la certeza quizá para la noche próxima de un sueño menos funesto. ¡Con esa idea que me había hecho del sueño como si abriera al hombre una comunicación con el mundo de los espíritus, esperaba, esperaba aún! Quizá Dios se contentaría con este sacrificio. Aquí me detengo; hay demasiado orgullo en pretender que el estado de espíritu en que estaba fuera causado únicamente por un recuerdo de amor. Digamos más bien que involuntariamente yo ornaba con él los remordimientos más graves de una vida locamente disipada en la que el mal había triunfado con frecuencia, y de la que no reconocía las faltas sino sintiendo los golpes de la desgracia. No me sentía ahora digno de pensar en la que atormentaba muerta tras de haberla afligido en vida, debiendo, únicamente, su última mirada de perdón a su dulce y santa piedad.

La noche siguiente no pude dormir sino algunos instantes. Una mujer que había cuidado de mí durante mi niñez se me apareció en el sueño y me reprochó una falta grave que había cometido hacía mucho tiempo. La reconocí a pesar de que parecía más vieja que en la última época en que la vi. Eso mismo me hizo pensar amargamente que no había ido a verla en sus últimos momentos.

—No has llorado a tus viejos ancestros tan ardientemente como has llorado a esa mujer. ¿Cómo pretendes esperar perdón?

El sueño se volvió confuso. Figuras de personas que había conocido en diversas épocas pasaron ante mis ojos. Desfilaban, se iluminaban, palidecían y volvían a caer en la noche como las cuentas de un rosario cuyo engaste se hubiera roto. Vi en seguida formarse vagamente imágenes plásticas de la antigüedad que se bosquejaban, se fijaban y parecían representar símbolos de los que percibía la idea muy difícilmente. Pero supuse que todo aquello quería decir: «¡Esto estaba hecho para enseñarte el secreto de la vida y no has comprendido! Las religiones y las fábulas, los santos y los poetas estaban de acuerdo para explicar

el enigma fatal y tú has interpretado erróneamente... ¡Ahora, es demasiado tarde!».

Me levanté lleno de terror, diciéndome:

—¡Es mi último día!

Con diez años de intervalo, la misma idea que he trazado en la primera parte de este relato volvía a mí, más positiva aún y más amenazadora. Dios me había dado ese tiempo para arrepentirme y no lo había aprovechado. ¡Después de la visita del *convidado de piedra*, me había sentado de nuevo al festín!

IV

El sentimiento que resultó para mí de esas visiones y las reflexiones que me traían durante mis horas de soledad eran tan tristes que me sentía como perdido. Todos los actos de mi vida me aparecían bajo el ángulo más desfavorable y en la especie de examen de conciencia al que me entregué la memoria me representaba aun los hechos más antiguos con una nitidez singular. No sé qué falso pudor me impidió presentarme al confesionario, el temor quizá de comprometerme a los dogmas y a las prácticas de una religión temible, contra ciertos puntos de la cual había conservado prejuicios filosóficos. Mis primeros años han estado demasiado impregnados de las ideas emanadas de la Revolución, mi educación ha sido demasiado libre, mi vida demasiado errante para que acepte fácilmente un yugo que, sobre varios puntos, ofendería aún a mi razón. Me estremecí al suponer qué clase de cristiano sería yo si ciertos principios adoptados del libre examen de los últimos siglos además de ciertos estudios de diversas religiones no me detuvieran en esa pendiente. Jamás conocí a mi madre; que había querido seguir a mi padre al ejército, como las mujeres

de los antiguos germanos; murió de fiebre y de fatiga en una fría región de Alemania, y mi padre mismo no pudo dirigir a este respecto mis primeras ideas. El lugar donde fui educado estaba lleno de leyendas extrañas y de supersticiones extravagantes. Uno de mis tíos que tuvo la mayor influencia sobre mi primera educación se ocupaba, por gusto, de antigüedades romanas y célticas. Encontraba a veces en sus campos y en las cercanías, imágenes de dioses y emperadores que su admiración de sabio me hacía venerar, y de los cuales sus libros me enseñaban la historia. Un cierto Marte dorado, una Palas o Venus armada, un Neptuno y una Anfitrita esculpida encima de la fuente de la granja, y sobre todo el bonachón y gordo rostro barbudo de un dios Pan sonriente a la entrada de una gruta, entre los festones de campanillas y de hiedra, eran los dioses domésticos y protectores de este retiro. Confieso que me inspiraban entonces más veneración que las pobres imágenes cristianas de la iglesia y los dos santos informes del pórtico, en los que ciertos sabios pretendían reconocer al Esus y al Cernunnos de los galos. Desconcertado en medio de estos diversos símbolos, pregunté un día a mi tío qué era Dios.

—Dios es el sol —me dijo.

Era el pensamiento íntimo de un hombre honrado que había vivido como cristiano toda su vida, pero que había cruzado por la revolución, y que era de una provincia donde muchos tenían la misma idea de la Divinidad. Eso no impedía que las mujeres y los niños fueran a la iglesia y que deba a una de mis tías algunas instrucciones que me hicieron comprender las grandezas del cristianismo. Después de 1815, un inglés que se encontraba en nuestro país me hizo aprender el Sermón de la Montaña y me dio un Nuevo Testamento... No cito estos detalles sino para indicar las causas de cierta irresolución que frecuentemente se ha unido en mí al espíritu religioso más definido.

Quiero explicar cómo, alejado largo tiempo del verdadero camino, me he sentido llamado a él por el recuerdo amado de una persona muerta, y cómo la necesidad de creer que ella existía siempre ha hecho regresar a mi espíritu el sentimiento preciso de las diversas verdades que no había recogido en mi alma con bastante firmeza. La desesperación y el suicidio son el resultado de ciertas situaciones fatales para quien no tiene fe en la inmortalidad, en sus penas y en sus alegrías; creeré haber hecho algún bien enunciando ingenuamente la sucesión

de ideas por las que he recuperado el reposo y una fuerza nueva que oponer a las desdichas futuras de la vida.

Las visiones que se habían sucedido durante mi sueño me habían reducido a tal desesperación que apenas podía hablar; la sociedad de mis amigos no me inspiraba sino una distracción vaga; mi espíritu, ocupado enteramente por esas ilusiones, se negaba a la menor concepción diferente; no podía leer ni comprender diez líneas seguidas. Me decía las cosas más bellas:

—¡Qué importa!, eso no existe para mí.

Uno de mis amigos, llamado Jorge, trató de vencer ese decaimiento. Me llevaba a diversas regiones de las cercanías de París y se conformaba con hablar solo, mientras que yo respondía con algunas frases deshilvanadas. Su rastro expresivo y casi cenobítico, prestó, un día, gran efecto a cosas muy elocuentes que descubrió contra esos años de escepticismo y de decaimiento político y social que sucedieron a la revolución de julio. Yo había sido uno de los jóvenes de esa época y había gustado su fervor y sus amarguras. Un impulso nació en mí; me dije que tales lecciones no podían ser dadas sin una intención de la Providencia y

que sin duda un espíritu hablaba en él... Un día, comíamos bajo un emparrado, en un pueblecillo de las cercanías de París; una mujer vino a cantar cerca de nuestra mesa y no sé qué, en su voz cansada, pero simpática, me recordó la de Aurelia. La miré: sus facciones no dejaban de tener parecido con las que había amado. Hicieron que se marchara y no osé retenerla, pero me decía:

—¡Quién sabe si su *espíritu* no está en esa mujer! —Y me sentí dichoso por la limosna que le había dado. Me dije:

—He usado mal de la vida; pero si los muertos perdonan es sin duda a condición de que uno se abstenga para siempre del mal, y de que repare todo el mal que ha hecho anteriormente. ¿Será posible?... Desde este instante, tratemos de no hacer mal y devolvamos el equivalente de todo lo que podamos deber. Estaba en falta reciente con cierta persona, no era sino un descuido, pero empecé por ir a excusarme. La alegría que recibí por esa reparación me hizo mucho bien; desde ahora tenía un motivo para vivir y obrar, el mundo volvía a tener interés para mí.

Surgieron dificultades: acontecimientos inexplicables parecieron conjurarse para contrariar mi buena resolución. El estado de mi espíritu me hacía imposible ejecutar trabajos convenidos. Creyéndome bueno y sano ya, la gente tenía más exigencias y, como había renunciado a la mentira, caía en falta ante gentes que no dudaban en aprovecharse. La masa de las reparaciones que debía hacer me aplastaba en razón directa de mi impotencia.

Los acontecimientos políticos obraban indirectamente, ya sea para afligirme o para quitarme los medios de poner orden en mis negocios. La muerte de un amigo vino a colmar estos motivos de desaliento. Vi de nuevo su habitación, sus cuadros que me había mostrado con placer un mes antes; pasé cerca de su ataúd en el instante en que lo clavaban. Como era de mi misma edad y generación, me dije:

—¿Qué sucedería si yo muriera también así de pronto?

El domingo siguiente me levanté presa de una pena fúnebre. Fui a visitar a mi padre que parecía estar de pésimo humor y cuya sirvienta estaba enferma. Quiso ir solo a buscar leña a su granero y no pude hacerle más servicio que transportar un tronco que necesitaba.

Salí consternado. Encontré por las calles a un amigo que quería llevarme a almorzar a su casa para distraerme un poco. Me negué a ir y, sin haber comido, me dirigí hacia Montmartre. El cementerio estaba cerrado, lo que me pareció como mal presagio. Un poeta alemán me había dado algunas páginas para traducir y me había adelantado cierta suma sobre el importe de ese trabajo. Tomé el camino de su casa para devolverle el dinero.

Al dar vuelta por la puerta de Clichy, fui testigo de una reyerta. Traté de separar a los combatientes pero no lo conseguí. En aquel momento, un obrero de alta estatura pasó por el preciso lugar donde el combate acababa de efectuarse, llevando sobre su hombro derecho a un niño vestido con un traje color de jacinto. Me imaginé que era San Cristóbal llevando a Cristo y que yo estaba condenado por haberme faltado las fuerzas en la escena que acababa de efectuarse... A partir de aquel instante erré, presa de desaliento, por los terrenos baldíos que separan los arrabales de las fortificaciones. Era demasiado tarde para hacer la visita que había proyectado. Regresé pues a través de varias calles hacia el centro de París. En la esquina de la calle de la Victoria, encontré a un sacerdote, y, en el caos en que me hallaba, quise confesarme con él.

Me dijo que no era de la parroquia y que iba a pasar la velada a casa de alguien; que si quería hablar con él al día siguiente, en Nuestra Señora, no tenía sino que preguntar por el abate Dubois.

Desesperado me dirigí llorando hacia Nuestra Señora de Loreto, donde me arrojé de hinojos ante el altar de la Virgen pidiendo perdón por mis faltas. Algo en mi interior me decía: «La Virgen ha muerto y tus plegarias son inútiles». Fui a ponerme de rodillas en los últimos lugares del coro e hice resbalar de mis dedos una sortija de plata cuyo engaste llevaba grabadas estas tres palabras árabes: *Allah! Mohamed! Ali!* Instantáneamente, varias bujías se encendieron en el coro y empezó un oficio al cual deseaba unirme en espíritu.

Cuando se llegó al Ave María, el sacerdote se detuvo a la mitad de la oración y volvió a empezar siete veces sin que yo pudiera encontrar en mi memoria las palabras siguientes. Luego terminaron la oración y el sacerdote dijo un sermón que me parecía que aludía a mí solo. Cuando todo estuvo apagado, me levanté y salí, dirigiéndome hacia los Campos Elíseos.

Al llegar a la plaza de la Concordia, mi pensamiento estaba aniquilado. Varias veces, me dirigí hacia el Sena, pero algo me impedía realizar mi propósito. Las estrellas brillaban en el firmamento. De pronto me pareció que acababan de apagarse a la vez como las bujías que había visto en la iglesia. Creí que los tiempos se habían cumplido y que llegábamos al fin del mundo anunciado en el Apocalipsis de San Juan. Creía ver un sol negro en el cielo desierto y un globo rojo sangre encima de las Tullerías. Me dije:

—La noche eterna comienza y va a ser terrible. ¿Qué va a pasar cuando los hombres adviertan que ya no hay sol?

Regresé por la calle de San Honorato y compadecí a los campesinos retrasados que encontraba; al llegar al Louvre, caminé hasta la plaza y, allí, un espectáculo extraño me esperaba. A través de nubes rápidamente dispersadas por el viento, vi muchas lunas que pasaban con gran rapidez. Pensé que la tierra había salido de su órbita y que erraba en el firmamento como un navío desmantelado, acercándose y alejándose de las estrellas que crecían o disminuían alternativamente. Durante

dos o tres horas contemplé ese desorden y terminé por dirigirme hacia los mercados. Los campesinos llevaban sus legumbres, y me decía: «Cuál no será su asombro al ver que la noche se prolonga...». Entretanto, los perros aullaban aquí y allá y los gallos cantaban.

Rendido de fatiga, regresé a mi casa y me arrojé al lecho. Al despertarme me asombré de volver a ver la luz. Una especie de coro misterioso llegó a mis oídos, voces infantiles repetían en coro:

—*¡Cristo! ¡Cristo! ¡Cristo!*

Pensé que habían reunido en la iglesia cercana (Nuestra Señora de las Victorias) un gran número de niños para invocar a Cristo.

—¡Pero si Cristo ya no existe! —me dije—, ¡y aún no lo saben!

La invocación duró una hora más o menos. Me levanté al fin y fui bajo las arcadas del Palacio Real. Me dije que probablemente el sol había conservado aún bastante luz para iluminar la tierra durante tres días, pero que gastaba su propia sustancia y en efecto lo hallé frío y descolorido.

Calmé mi hambre con un pastelillo para darme la fuerza de ir hasta la casa del poeta alemán. Al entrar, le dije que todo había terminado y que era preciso prepararnos a morir. El llamó a su esposa que me dijo:

—¿Qué le pasa a usted?

—No sé —le dije—, estoy perdido.

Mandó a buscar un coche de alquiler y una joven me condujo a la casa Dubois.

V

Allí, mi mal reapareció con diversas alternativas. Al cabo de un mes me alivié. Durante los dos meses que siguieron, reanudé mis peregrinaciones en torno a París. El viaje más largo que emprendí fue para visitar la catedral de Reims. Poco a poco, volví a escribir y compuse una de mis mejores novelas. Sin embargo, la escribí penosamente, casi toda a lápiz, sobre hojas sueltas, siguiendo el azar de mis ensueños o de mis paseos. Las correcciones me excitaron mucho. Pocos días después de haberla publicado, me sentí presa de un insomnio persistente. Iba a pasearme toda la noche sobre la colina de Montmartre hasta ver levantarse el sol. Conversaba largamente con los campesinos y los obreros. Otras veces, me dirigía hacia los mercados. Una noche fui a cenar a un café del bulevar y me divertí en tirar al aire monedas de oro y plata. Fui en seguida al mercado y reñí con un desconocido, a quien di un fuerte bofetón; no sé cómo aquello no tuvo ninguna consecuencia. A determinada hora, oyendo sonar el reloj de San Eustaquio, me puse a pensar en las luchas entre los de Borgoña y de Armañac, y creía ver elevarse en torno mío a los fantasmas de los

combatientes de esa época. Disputé con un cartero que llevaba sobre el pecho una placa plateada y, que según decía yo, era el duque Juan de Borgoña. Quería impedirle entrar en una taberna. Por una singularidad que no podía explicarme, viendo que lo amenazaba de muerte, su rostro se bañó en lágrimas. Me sentí conmovido y lo dejé pasar.

Me dirigí hacia las Tullerías que estaban cerradas, y seguí la línea de los muelles; subí en seguida al Luxemburgo, luego regresé a almorzar con uno de mis amigos. En seguida fui hacia San Eustaquio, donde me arrodillé piadosamente ante el altar de la Virgen pensando en mi madre. Las lágrimas que vertí aliviaron mi alma y al salir de la iglesia compré un anillo de plata. De allí, fui a visitar a mi padre, en cuya casa dejé un ramo de margaritas, pues estaba ausente. Fui luego al Jardín de las Plantas. Había mucha gente y permanecí largo rato viendo al hipopótamo que se bañaba en su estanque. Fui en seguida a visitar las galerías de osteología. La vista de los monstruos allí encerrados me hizo pensar en el diluvio y, cuando salí, una lluvia espantosa caía sobre el jardín.

Me dije:

—¡Qué desgracia! ¡Todas esas mujeres, todos esos niños, van a mojarse!...

Luego me dije:

—¡Pero es más aún!, es el verdadero diluvio que empieza.

El agua se elevaba en las calles vecinas, descendí la calle de San Víctor y, con la idea de detener lo que ya creía la inundación universal, arrojé en el lugar más profundo el anillo que había comprado en San Eustaquio. Casi al mismo instante la tempestad se calmó y un rayo de sol comenzó a brillar.

La esperanza volvió a mi alma. Tenía cita a las cuatro en casa de mi amigo Jorge, me dirigí hacia allá. Al pasar ante un vendedor de curiosidades compré dos estuches de terciopelo cubiertos de figuras jeroglíficas. Me pareció que era la consagración del perdón de los cielos. Llegué a casa de Jorge a la hora precisa y le confié mi esperanza. Me hallaba empapado y fatigado. Cambié de vestidos y me acosté sobre su lecho. Durante mi sueño tuve una

visión maravillosa. Me parecía que la diosa se me revelaba diciendo: «Soy la misma María, la misma que tu madre, la misma también que bajo todas las formas has amado siempre. En cada una de tus pruebas he abandonado una de las máscaras con las que cubro mi rostro, y pronto me verás tal como soy...». Un vergel delicioso salía de las nubes tras ella, una luz suave y penetrante iluminaba ese paraíso, y sin embargo no atendía sino a su voz y me sentía sumergido en una embriaguez encantadora. Me desperté poco después y dije a Jorge:

—Salgamos.

Mientras cruzábamos el puente de las Artes, le expliqué las migraciones de las almas, y le decía:

—Me parece que esta tarde llevo en mí el alma de Napoleón, que me inspira y me ordena grandes cosas.

En la calle de Gallo, compré un sombrero y mientras Jorge recibía el vuelto de la moneda de oro que yo había arrojado sobre el mostrador, continué mi camino y llegué a las arcadas del Palacio Real.

Allí me pareció que toda la gente me miraba. Una idea persistente había anidado en mi espíritu y era que ya no había muertos; recorrí la galería de Foy diciendo: «He cometido una falta», y no podía, al consultar mi memoria, descubrir cuál fuera, creyendo que se trataba de la de Napoleón... «¡Hay algo que no he pagado por aquí!». Entré en el café de Foy con esa idea y creí reconocer en uno de los parroquianos al padre Bertin de Débats. En seguida, atravesé el jardín y puse algún interés en ver las rondas de niñas. De allí, salí de las galerías y me dirigí a la calle de San Honorato. Entré en una tabaquería para comprar un puro y, cuando salí, la muchedumbre era tan compacta, que casi iba a ser asfixiado. Tres de mis amigos me libraron haciéndose responsables de mí y me condujeron a un café mientras uno de ellos iba a buscar un coche de alquiler. Me condujeron al hospicio de la caridad.

Durante la noche, el delirio aumentó; más aún en la madrugada, cuando noté que estaba amarrado. Conseguí desembarazarme de la camisa de fuerza y, al llegar la mañana, me paseé por los salones. La idea de que me había vuelto semejante a un dios y que tenía el poder de curar me hizo imponer las manos sobre algunos

enfermos y, acercándome a una estatua de la Virgen, le quité la corona de flores artificiales para consolidar el poder que creía tener. Anduve a grandes pasos hablando animadamente de la ignorancia de los hombres que creían poder curar con la ciencia únicamente y, viendo sobre la mesa un frasco de éter, lo apuré de golpe. Un interno con un rostro que comparaba con el de los ángeles, quiso detenerme, pero la fuerza nerviosa me sostenía, y listo para derribarlo me detuve, diciéndole que él no comprendía cuál era mi misión. Entonces vinieron los médicos y continué mis discursos sobre la importancia de su arte. Luego descendí la escalera, a pesar de que iba descalzo. Al llegar ante un prado, entré y corté algunas flores paseándome sobre el césped.

Uno de mis amigos había regresado a fin de llevarme. Salí del prado y, mientras hablaba con él, me echaron sobre los hombros la camisa de fuerza, luego me hicieron subir en un coche y fui conducido a una casa de salud fuera de París. Comprendí, al verme entre los alienados, que para mí todo había sido ilusión hasta allí. Sin embargo, las promesas que atribuía a la diosa Isis me parecían realizarse por una serie de pruebas que estaba destinado a sufrir. Por lo tanto las acepté con resignación.

La parte de la casa donde me encontraba caía sobre una vasta calzada sombreada por nogales. En un ángulo se hallaba un montículo en torno al cual uno de los prisioneros se paseaba todo el día. Otros se limitaban, como yo, a recorrer el terraplén o la terraza, bordeada por un talud de césped. Sobre un muro, situado al poniente, había figuras trazadas, de las cuales una representaba la forma de la luna, con ojos y una boca trazados geométricamente; encima de esa figura habían pintado una especie de máscara, el muro de la izquierda ofrecía diversos dibujos de perfil, de los cuales uno representaba una especie de ídolo japonés. Más lejos, ahondada en la mezcla, había una calavera; sobre la cara opuesta, dos piedras de cantera habían sido esculpidas por alguno de los huéspedes del jardín y representaban pequeños mascarones bastante bien logrados. Dos puertas daban sobre unas bodegas, y me imaginaba que eran vías subterráneas parecidas a las que había visto a la entrada de las pirámides.

VI

Me imaginé primero que las personas de este jardín tenían todas alguna influencia sobre los astros, y que el que daba vuelta sin cesar en el mismo círculo regulaba así la marcha del sol. Un viejo, a quien solo llevaban en determinadas horas del día y que hacía nudos, consultando su reloj; me parecía como el encargado de verificar la marcha de las horas. Me atribuí a mí mismo una influencia sobre el movimiento de la luna, y creí que ese astro había recibido del Todopoderoso el golpe de un rayo que trazó sobre su rostro la huella que había advertido en la máscara.

Atribuí un sentido místico a las conversaciones de los guardianes y a las de mis compañeros. Me parecía que eran los representantes de todas las razas de la tierra y que se trataba de fijar de nuevo, entre nosotros, la marcha de los astros y de dar un desarrollo mayor a su sistema. Según mi criterio, un error se había deslizado en la combinación general de los números y de allí venían todos los males de la humanidad. Creía también que los espíritus celestes habían tomado formas humanas y asistían a ese congreso

general, fingiendo ocuparse en servicios vulgares. Me parecía que mi papel era restablecer la armonía universal por arte cabalístico y buscar una solución, al evocar las fuerzas ocultas de las diversas religiones.

Además del paseo, teníamos una sala cuyos vidrios rayados perpendicularmente daban hacia un horizonte de follajes. Mirando tras estos vidrios el perfil de los edificios exteriores, veía recortarse las fachadas y las ventanas en mil pabellones ornados de arabescos y dominados por remates y agujas, que me recordaban los kioscos imperiales que dominan el Bosforo. Eso conducía naturalmente mi pensamiento a las preocupaciones orientales. Hacia las dos, me llevaron al baño, y me creí servido por las valquirias, hijas de Odín, que querían elevarme a la inmortalidad despojando poco a poco mi cuerpo de lo que tenía de impuro.

En la noche me paseé lleno de serenidad a los rayos de la luna y al alzar los ojos hacia los árboles, me parecía que sus hojas se agrupaban caprichosamente para formar imágenes de damas y caballeros transportados por caballos engualdrapados. Eran para mí las figuras triunfantes de los ancestros. Este pensamiento me

condujo a este otro: que había una vasta conspiración de todos los seres animados para restablecer en el mundo la armonía primera y que las comunicaciones tenían lugar por el magnetismo de los astros, que una cadena ininterrumpida ligaba en torno a la tierra las inteligencias dedicadas a esta comunicación general, y que los cantos, las danzas, las miradas, imantadas de vecino a vecino, traducían la misma aspiración. La luna era para mí el refugio de las almas paternales que, libertadas de sus cuerpos mortales, trabajaban más libremente por la regeneración del universo.

Ya para mí, el tiempo de cada jornada parecía haber aumentado dos horas; de manera que levantándome a las horas fijadas por los relojes de la casa, no hacía sino pasearme en el imperio de las sombras. Los compañeros que me rodeaban me parecían dormidos y semejantes a los espectros del Tártaro, hasta la hora en que para mí se levantaba el sol. Entonces saludaba a ese astro con una plegaria y empezaba mi vida real.

Desde el instante que estuve seguro del hecho de encontrarme sometido a las pruebas de la iniciación sagrada, una fuerza invencible entró en mi espíritu. Me

juzgaba como a un héroe viviendo bajo la mirada de los dioses; todo en la naturaleza tomaba aspectos nuevos y voces secretas salían de la planta, del árbol, de los animales, de los insectos más humildes, para prevenirme y darme valor. El lenguaje de mis compañeros tenía giros misteriosos de los cuales yo comprendía el sentido; los objetos sin forma y sin vida se prestaban igualmente a los cálculos de mi espíritu; de las combinaciones de guijarros, de las figuras angulares de hendiduras y grietas, de los cortes de las hojas, dé los colores, de los olores y sonidos, veía salir armonías desconocidas hasta ahora.

—¿Cómo he podido existir tanto tiempo —me decía— fuera de la naturaleza y sin identificarme con ella? Todo vive, todo obra, todo corresponde; los rayos magnéticos, emanados de mí mismo o de los demás, atraviesan sin obstáculo la cadena infinita de las cosas creadas; es una red transparente que cubre el mundo y cuyos hilos desligados se comunican de vecino a vecino hasta los planetas y las estrellas. ¡Cautivo en este instante sobre la tierra, converso con el coro de los astros que toman parte en mis dichas y dolores!

Inmediatamente me estremecí al pensar que también este misterio podía ser descubierto. Si la electricidad, me dije, que es el magnetismo de los cuerpos físicos, puede sufrir una dirección que le imponen determinadas leyes, con mayor razón los espíritus hostiles y tiranos pueden esclavizar las inteligencias y servirse de sus fuerzas divididas con un fin imperialista. Así es como los dioses antiguos han sido vencidos y esclavizados por dioses nuevos; así es, me dije aún, consultando mis recuerdos del mundo antiguo, como los nigromantes dominaban a pueblos enteros, cuyas generaciones se sucedían cautivas bajo su cetro eterno. ¡Oh, desdicha! ¡La muerte misma no puede libertarlas!, porque resucitamos en nuestros hijos como hemos vivido en nuestros padres, y la ciencia implacable de nuestros enemigos sabe reconocernos en todas partes. La hora de nuestro nacimiento, el punto de la tierra donde aparecemos, el primer acto, el nombre, la alcoba, y todas esas consagraciones y todos esos ritos que se imponen, todo, establece una serie dichosa o fatal de la que depende el porvenir. Pero, si ya esto es terrible dentro de los cálculos puramente humanos, imaginad lo que debe ser ligándose a las fórmulas misteriosas que establecen el orden de los mundos. Se ha dicho con justicia: ¡nada es indiferente, nada es impotente en

el universo; un átomo puede disolverlo todo, un átomo puede salvarlo todo!

¡Oh, terror!, he allí la eterna distinción entre lo bueno y lo malo. ¿Es mi alma la molécula indestructible, el glóbulo que hincha un poco de aire, pero que recupera su lugar en la naturaleza, o se vacía también, imagen de la nada que desaparece en la inmensidad? ¿Sería también la parcela fatal destinada a sufrir, bajo todas sus transformaciones, las venganzas de los seres poderosos? Así, me vi llevado a pedirme cuenta de mi vida y aun de mis existencias anteriores. Al mostrarme a mí mismo que era bueno, me demostraba que debía haberlo sido siempre. «¿Y si he sido malo», me dije, «mi vida actual no sería ya una expiación suficiente?». Este pensamiento me tranquilizó, pero me quitó el temor de estar para siempre clasificado entre los desdichados. Me sentía como sumergido en agua helada, y un agua, más helada aún, manaba, ele, mi frente. Llevé mis pensamientos hacia la eterna Isis, madre y esposa sagradas; todas mis aspiraciones, todas mis plegarias se confundían en ese nombre mágico, y me sentía revivir en ella y a veces se me aparecía bajo la figura de la Venus antigua; a veces, también, con los rasgos de la Virgen de los cristianos. La

noche me trajo más distintamente esa aparición querida, y sin embargo, me decía:

—¿Qué puede ella hacer, vencida, oprimida quizá, por sus pobres hijos?

¡Pálido y desgarrado, el sector de la luna se adelgazaba todas las noches y pronto iba a desaparecer; quizá no deberíamos volver a verlo en el cielo! Sin embargo, me parecía que ese astro era el refugio de todas las almas hermanas de la mía; y lo veía poblado de sombras plañideras destinadas a renacer un día sobre la tierra...

Mi cuarto está al extremo de un corredor habitado de un lado por los locos y del otro por los sirvientes de la casa. Es el único que tiene el privilegio de una ventana abierta hacia el patio plantado de árboles y que sirve de paseo durante el día. Mis miradas se detienen con placer sobre un nogal corpulento o sobre dos moreras de China. Más allá, se percibe vagamente una calle bastante transitada, a través de emparrados pintados de verde. Al crepúsculo, el horizonte se amplía; es como una granja con ventanas revestidas de follaje, de ropas tendidas a secar, y de las que se ve salir por momentos algún perfil de criada vieja o joven, alguna cabeza de niño color

de rosa. Gritan, cantan, ríen a carcajadas; da tristeza o alegría oírlos, según la hora o según las impresiones.

He encontrado allí los restos de mis diversas fortunas, los residuos confusos de varios mobiliarios dispersos o revendidos desde hace veinte años. Es un *cafarnaúm* como el del doctor Fausto. Una mesa antigua de tres patas con cabezas de águila, una consola sostenida por una esfinge alada, una cómoda del siglo XVII, un estante del XVIII, un lecho de la misma época, cuyo dosel, de techo ovalado, está revestido de seda roja (pero no ha sido posible colocar este último), un juguetero rústico cargado de mayólicas y porcelanas de Sévres, la mayoría bastante deterioradas; un narguile traído de Constantinopla, una gran copa de alabastro, un vaso de cristal; tableros provenientes de una vieja casa demolida que había habitado en las cercanías del Louvre y cubiertos de pinturas mitológicas ejecutadas por amigos míos ahora célebres; dos grandes telas a la manera de Prudhon, representando a la musa de la historia y a la de la comedia. Durante varios días me he divertido en arreglar todo esto, en crear en la bohardilla estrecha un conjunto extravagante que tiene algo de palacio y de cabaña, y que resume bastante bien mi existencia errante.

He suspendido encima de mi lecho mis vestidos árabes, mis dos cachemiras cuidadosamente zurcidas, un sayo de peregrino, un morral de caza. Encima de la biblioteca se extiende un vasto plano de El Cairo; una consola de bambú, junto a mi cabecera, soporta un platón barnizado de la India donde puedo disponer mis utensilios de aseo. He vuelto a ver con alegría estos humildes restos de mis años de alternadas opulencia y miseria, a los que se unen todos los recuerdos de mi vida. Únicamente habían separado un pequeño cuadro pintado sobre cobre, en el estilo del Correggio, representando a *Venus* y al *Amor*, unos entrepaños de cazadoras y sátiros y una flecha que había conservado en recuerdo de las compañías de arqueros de Valois, de las que había formado parte en mi juventud; las armas habían sido vendidas a partir de las nuevas leyes. En resumen, encontré allí poco más o menos todo lo que había poseído recientemente. Mis libros, extraño almacenaje de la ciencia de todos los tiempos, historia, viajes, religiones, cábala, astrología, suficiente para regocijar las sombras de Pico de la Mirándola, del sabio Meursius y de Nicolás de Cusa: la torre de Babel en doscientos volúmenes; ¡me habían dejado todo eso! Había bastante para volver loco a un sabio; procuremos que sea bastante para volver sabio aun loco.

Con qué deleite he podido ordenar en mis cajones el cúmulo de mis notas y correspondencias íntimas o públicas, oscuras o ilustres, tal como las ha hecho el azar de los encuentros o de los países lejanos que he recorrido. En legajos mejor atados que los demás, encuentro cartas árabes, reliquias de El Cairo y de Estambul. ¡Oh, dicha! ¡Oh, tristeza mortal!

Esos caracteres amarillentos, esos trazos semiborrados, esas cartas ajadas, son el tesoro de mi único amor... Releamos... Varias cartas faltan, otras muchas están truncas o tachadas…

***

Una noche, hablaba yo y cantaba en una especie de éxtasis. Uno de los criados de la casa vino a buscarme a mi celda y me hizo bajar a un cuarto de la planta baja, donde me encerró. Yo continué mi sueño, y aunque estaba en pie, me creía encerrado en una especie de kiosco oriental. Sondeé todos los ángulos y vi que era octagonal. Un diván recorría todos los muros, y me parecía que estos últimos estaban formados de un cristal espeso, más

allá del cual veía brillar tesoros, chales y tapicerías. Un paisaje iluminado por la luz de la calle se me aparecía a través del enrejado de la puerta, y creía recordar la forma de los troncos de árbol y de las rocas. Había ya vivido allí en alguna otra existencia, y creía reconocer las profundas grutas de Ellora. Poco a poco, una claridad opalina penetró en el kiosco e hizo aparecer imágenes extravagantes. Entonces me pareció estar en medio de un vasto osario donde la historia universal se hallaba escrita con trazos de sangre. El cuerpo de una mujer gigantesca estaba pintado frente a mí; otras mujeres de diversas razas y cuyos cuerpos dominaban más y más, presentaban sobre los muros una confusión sangrienta de miembros y cabezas, desde las emperatrices y las reinas hasta las campesinas más humildes, y bastaba fijar los ojos sobre tal o cual punto para ver dibujarse una representación trágica.

—He aquí —me dije— lo que ha producido el poder otorgado a los hombres. Poco a poco han destruido y cortado en mil pedazos el tipo eterno de belleza, de tal modo que las razas pierden más y más en fuerza y perfección...

Y veía, en efecto, sobre una línea de sombra que se deslizaba por uno de los claros de la puerta, la generación descendiente de las razas del porvenir.

Al fin fui arrancado de esta sombría contemplación. El rostro bueno y compasivo de mi excelente médico me volvió al mundo de los vivos. Me hizo asistir a un espectáculo que me interesó vivamente. Entre los enfermos se hallaba un joven, exsoldado de África, quien hacía seis semanas se negaba a tomar alimento. Por medio de un largo tubo de goma introducido en su nariz, hacían llegar a su estómago cierta cantidad de sémola o chocolate.

Este espectáculo me impresionó vivamente. Abandonado hasta ahí al círculo monótono de mis sensaciones y sufrimientos morales, encontraba a un ser indefinible, taciturno y paciente, sentado como una esfinge a las puertas supremas de la existencia. Me dediqué a amarlo a causa de su desdicha y abandono, y me sentí elevado por esa simpatía y por esa piedad. Me parecía, colocado así entre la vida y la muerte, como un intérprete sublime, como un confesor predestinado a oír esos secretos del alma que la palabra no osa

transmitir o no puede relatar. Era el oído de Dios sin mezcla de pensamiento ajeno. Pasaba horas enteras examinándome, mentalmente, con la cabeza inclinada sobre la suya y oprimiéndole las manos. Me parecía que cierto magnetismo reuniera nuestros espíritus y me sentí alborozado cuando por primera vez salió de su boca una palabra. No quería creerlo y atribuí a mi ardiente voluntad ese principio de alivio.

Esa noche, tuve un sueño delicioso, el primero desde hacía largo tiempo. Me encontraba en una torre, tan profunda del lado de la tierra y tan alta del lado del cielo, que toda mi existencia parecía deber consumirse en ascender o descender. Ya mis fuerzas se habían agotado e iba a perder valor, cuando una puerta lateral se abre y un espíritu se presenta y me dice:

—¡Ven, hermano...!

No sé por qué me vino a la mente que se llamaba Saturnino. Tenía las facciones del pobre enfermo, pero transfiguradas e inteligentes. Estábamos en un campo iluminado por las luces de las estrellas, nos detuvimos a contemplar ese espectáculo, y el espíritu extendió su mano sobre mi frente como yo había hecho la víspera

tratando de magnetizar a mi compañero; inmediatamente una de las estrellas que yo veía en el cielo se puso a crecer, y la divinidad de mis sueños se me apareció sonriente, en un traje casi indio, tal como la había visto otras veces. Anduvo entre nosotros dos y los prados reverdecían, las flores y los follajes se elevaban de la tierra sobre la huella de sus pasos... Me dijo:

—La prueba a que estabas sometido ha llegado a su término; esas escaleras sin fin que te cansabas de bajar o subir eran los mismos ligamentos de las antiguas ilusiones que embargaban tu pensamiento, y ahora recuerda el día en que imploraste a la Virgen santa y en que, creyéndola muerta, el delirio se apoderó de tu espíritu. Era preciso que tu voto le fuera llevado por un alma simple y liberada de las ligas terrestres. Esa alma ha llegado cerca de ti; y por eso mismo he podido venir a darte valor.

La alegría que este sueño difundió en mi espíritu, me procuró un despertar delicioso. El día empezaba a nacer. Quise tener un signo material de la aparición que me había consolado y escribí sobre el muro estas palabras: «Tú me has visitado esta noche». Escribo aquí, bajo el título *Memorables*, las impresiones de varios sueños que siguieron al que acabo de relatar.

Memorables

Sobre un elevado picacho de Auvernia ha resonado la canción de los pastores. ¡*Pobre María*! ¡Reina de los cielos!, es a ti a quien se dirigen piadosamente. Esta melodía rústica ha herido los oídos de los coribantes. A su vez, estos salen cantando, de las grutas secretas donde el amor les dio asilo. ¡Hosana! ¡Paz en la tierra y gloria en los cielos!

Sobre las montañas del Himalaya una pequeña flor ha nacido. —No me olvides—. La mirada tornasol de una estrella se ha fijado un instante sobre la flor y una respuesta se ha dejado oír en un dulce idioma extranjero. —¡Miosotis!

Una perla de plata brillaba en la arena; una perla de oro resplandecía en el cielo… El mundo estaba creado. ¡Castos amores, divinos suspiros!, inflama la montaña santa… ¡Pues tienes hermanos en los valles y hermanas tímidas que se ocultan en el seno de los bosques!

Bosquecillos embalsamados de Paphos, no valen lo que esos retiros donde se respira a plenos pulmones el aire vivificante de la patria. ¡Allá arriba, sobre las montañas, la gente vive contenta; el ruiseñor salvaje se halla contento!

¡Oh, qué bella es mi gran amiga! ¡Es tan grande, que perdona al mundo y tan buena que me ha perdonado! La otra noche estaba recostada en no sé qué palacio y yo no podía alcanzarla. Mi caballo alazán ardiendo se sustraía bajo mi peso. Las riendas rotas flotaban sobre su grupa sudorosa y necesité grandes esfuerzos para impedirle echarse a tierra.

Esta noche, el buen Saturnino ha venido en mi auxilio y mi gran amiga se ha puesto a mi lado sobre su yegua blanca engualdrapada de plata. Me ha dicho:

—¡Valor, hermano!, pues es la última etapa. Y sus grandes ojos devoraban el espacio y hacía volar por el aire su larga cabellera impregnada de los perfumes de Yemen.

Reconocí las divinas facciones de ***. Volábamos hacia el triunfo y nuestros enemigos estaban a nuestros pies.

La abubilla mensajera nos guiaba en lo más alto de los cielos, y el arco de luz resplandecía en las manos divinas de Apolo. El cuerno encantado de Adonis resonaba a través del bosque.

¡Oh, muerte! ¿Dónde está tu victoria, puesto que el Mesías vencedor cabalga entre nosotros dos? Su túnica era de jacinto azafranado, y sus paños, al igual que sus tobillos, brillaban con diamantes y rubíes. Cuando su fusta ligera tocó la puerta de nácar de Jerusalén, la luz nos inundó a los tres. Fue entonces cuando bajé entre los hombres para anunciarles la feliz noticia.

Salgo de un sueño delicioso: he vuelto a ver a la que había amado, transfigurada y radiante. El cielo se ha abierto en toda su gloria y he leído la palabra *perdón* firmada por la sangre de Jesucristo.

Una estrella ha brillado de pronto y me ha revelado el secreto del mundo de los mundos. ¡Hosana! ¡Paz en la tierra y gloria en los cielos!

Del seno de las tinieblas, dos notas han resonado: una grave, aguda la otra, y el orbe entero se ha puesto a girar de pronto. ¡Bendita seas, oh, primera octava con que

empezó el himno divino! De domingo a domingo, enlaza los días con tu mágica red. Los montes alaban a los valles, las fuentes a los arroyos, los arroyos a los ríos y los ríos al océano; el aire vibra y la luz quiebra armoniosamente las flores nacientes. Un suspiro, un estremecimiento de amor sale del seno hinchado de la tierra y el coro de los astros se desarrolla en el infinito; se separa y regresa sobre sí mismo, se oprime y se dilata, y siembra a lo lejos los gérmenes de las nuevas creaciones.

Sobre la cima de un monte azul, una pequeña flor ha nacido. ¡No me olvides! La mirada tornasol de una estrella se ha fijado un instante sobre la flor y una respuesta se ha dejado oír en una dulce lengua extranjera. —*Miosotis*.

¡La desdicha sea sobre ti, dios del norte, que rompiste de un golpe de martillo la santa mesa de los siete metales más preciados!, pues pudiste romper la *Perla rosa* que reposaba en el centro. La perla rebotó bajo el hierro y he aquí que estamos armados por ella… ¡Rosana!

El *macrocosmos*, o gran mundo, fue construido por arte cabalístico; el *microcosmos*, o pequeño mundo, es su imagen reflejada sobre los corazones. La perla rosa ha sido teñida por la sangre real de las valquirias.

¡La desdicha sea sobre ti, rey herrero, que has querido romper el mundo!

¡Sin embargo, el perdón de Cristo ha sido pronunciado también para ti!

¡Sé bendito, pues, tú también, oh, Thor, el gigante, el más poderoso de los hijos de Odín! Sé bendito en Hela, tu madre, pues muchas veces la muerte es dulce, y en tu hermano Loki, y en tu perro Garnur. La serpiente que rodea al mundo también sea bendita, pues floja sus anillos, y sus fauces atónitas aspiran la flor anxoka, la flor sulfurosa, ¡la flor deslumbrante del sol! ¡Que Dios preserve al divino Balder, hijo de Odín y de la bella Freya!

***

En espíritu me hallaba en Saardam, adonde había ido hacía un año. La nieve cubría el suelo. Una niña muy pequeña caminaba resbalando sobre la tierra endurecida y se dirigía, según creo, hacia la casa de Pedro el Grande. Su perfil majestuoso tenía apariencia borbónica. Su

cuello, de una blancura deslumbrante, salía a medias de un abrigo de plumas de cisne. Con su manecita rosa, preservaba del viento una lámpara encendida e iba a llamar a la puerta verde de la casa, cuando una gata escuálida que salía de allí estorbó su paso y la hizo caer.

—¡Mira!, ¡no es sino un gato! —dijo la niña levantándose.

—¡Un gato es algo! —respondió una voz suave.

Yo estaba presente en la escena y llevaba en brazos un pequeño gato gris que se puso a maullar.

—¡Es el hijo de esa vieja bruja! —dijo la niña. Y entró en la casa.

Aquella noche, mi sueño se transportó primero a Viena. Es sabido que en cada una de las plazas de esa ciudad se elevan grandes columnas que la gente llama *perdones*. Nubes de mármol se acumulan figurando el orden salomónico y soportan globos donde las divinidades presiden sentadas. ¡De pronto, oh, maravilla!, me puse a pensar en esa augusta hermana del emperador de Rusia, de la cual he visto el palacio

imperial en Weimar. Una melancolía llena de dulzura me hizo ver les brumas coloreadas de un paisaje de Noruega iluminado por una claridad gris y suave. Las nubes se hicieron transparentes y vi ahondarse ante mí un abismo profundo donde se precipitaban tumultuosamente las aguas del Báltico helado. Parecía como si el Neva entero, de ondas azules, debiera hundirse en esa grieta del globo. Los bajeles de Cronstadt y de San Petersburgo se agitaban sobre sus anclas próximas a desamarrar y desaparecer en el precipicio, cuando una luz divina iluminó desde lo alto esta escena de desolación.

Bajo el claro rayo que hendía la niebla, vi aparecer de pronto la roca que soporta la estatua de Pedro el Grande. Sobre ese sólido pedestal vinieron a agruparse las nubes que se elevan hasta el zenit. Estaban cargadas de figuras radiantes y divinas, entre las que se distinguían las dos Catalinas y la emperatriz Santa Elena, acompañadas de las más bellas princesas de Moscovia y de Polonia. Sus dulces miradas dirigidas hacia Francia acercaban el espacio por medio de largos telescopios de cristal. De allí deduje que nuestra patria se volvía el árbitro de la contienda oriental y que ellas esperaban la solución. La

esperanza de que la paz nos iba a ser concedida dio fin a mi sueño.

Es así como me di valor para una audaz tentativa. Resolví fijar el sueño y descubrir su secreto.

—¿Por qué no —me dije— forzar al fin estas puertas místicas, armado con toda mi voluntad para dominar mis sensaciones en lugar de soportarlas? ¿No es posible vencer esta quimera atractiva y temible, imponer una regla a esos espíritus que se burlan de nuestra razón? El sueño ocupa la tercera parte de nuestra vida. Es el consuelo de las penas del día o la pena de sus placeres; pero jamás he sentido que el sueño fuera un reposo. Tras un entorpecimiento de unos minutos, una nueva vida empieza, libertada de las condiciones de tiempo y espacio, y semejante sin duda a la que nos espera después de la muerte. ¿Quién sabe si no existe un lazo entre estas dos existencias y si no será posible al alma anudarlo desde hoy?

A partir de aquel momento, me dediqué a buscar el sentido de mis sueños y esa inquietud influyó sobre mis reflexiones en estado de vigilia. Creí comprender que entre el mundo externo y el mundo interno existía un

lazo, que únicamente la falta de atención y el desorden del espíritu falseaban las relaciones aparentes y que así podía explicarse la extravagancia de ciertas escenas parecidas a esos reflejos gesticulantes de objetos reales que se agitan en el agua turbada.

Tales eran las inspiraciones de mis noches; mis días transcurrían suavemente en compañía de pobres enfermos que había transformado en amigos. La conciencia que de allí en adelante me había purificado de las faltas de mi vida pasada, me proporcionaba alegrías morales infinitas; la certeza de la inmortalidad y de la coexistencia de todas las personas amadas había venido a mí materialmente, por decirlo así, y bendecía al alma fraternal que, desde el seno de la desesperación, me había hecho regresar por religiosos caminos llenos de luz.

El pobre muchacho, del cual la vida intelectual se había retirado tan singularmente, recibía cuidados que triunfaban poco a poco de su embotamiento. Habiendo sabido que era oriundo de los campos, pasaba yo horas enteras cantándole viejas canciones aldeanas a las que trataba de dar la expresión más conmovedora. Tuve la dicha de ver que las escuchaba y que repetía ciertos

pasajes. Un día, por fin, abrió los ojos un solo instante y vi que eran azules como los del espíritu que se me había aparecido en sueños. Una mañana, después de algunos días, mantuvo sus ojos ampliamente abiertos y no volvió a cerrarlos. En seguida se puso a hablar, pero solo a intervalos; me reconoció, me tuteó y me llamó hermano. Sin embargo, no quería resolverse a comer. Un día al regresar del jardín, me dijo:

—Tengo sed.

Fui a traerle agua; el vaso tocó sus labios sin que él pudiera beber.

—¿Por qué no quieres —le dije— comer y beber como los demás?

—Es que estoy muerto —dijo—; he sido enterrado en tal cementerio, en tal lugar…

—Y ahora, ¿dónde crees estar?

—En el purgatorio, cumplo mi expiación.

Tales son las ideas extravagantes producidas por esta especie de enfermedades; reconocí en mí mismo que

no había estado lejos de una convicción tan extraña. Los cuidados que había recibido me habían devuelto ya el cariño de mi familia y amigos, y podía juzgar más sanamente el mundo de ilusiones en que había vivido por algún tiempo. Sea como fuere, me siento dichoso por las convicciones que he adquirido, y comparo esta serie de pruebas por las que he atravesado a lo que, para los antiguos, representaba un descenso a los infiernos.

“El sueño es una segunda vida. No he podido penetrar sin estremecerme en esas puertas de marfil o de cuerno que nos separan del mundo invisible...

Colección
Lima Lee

